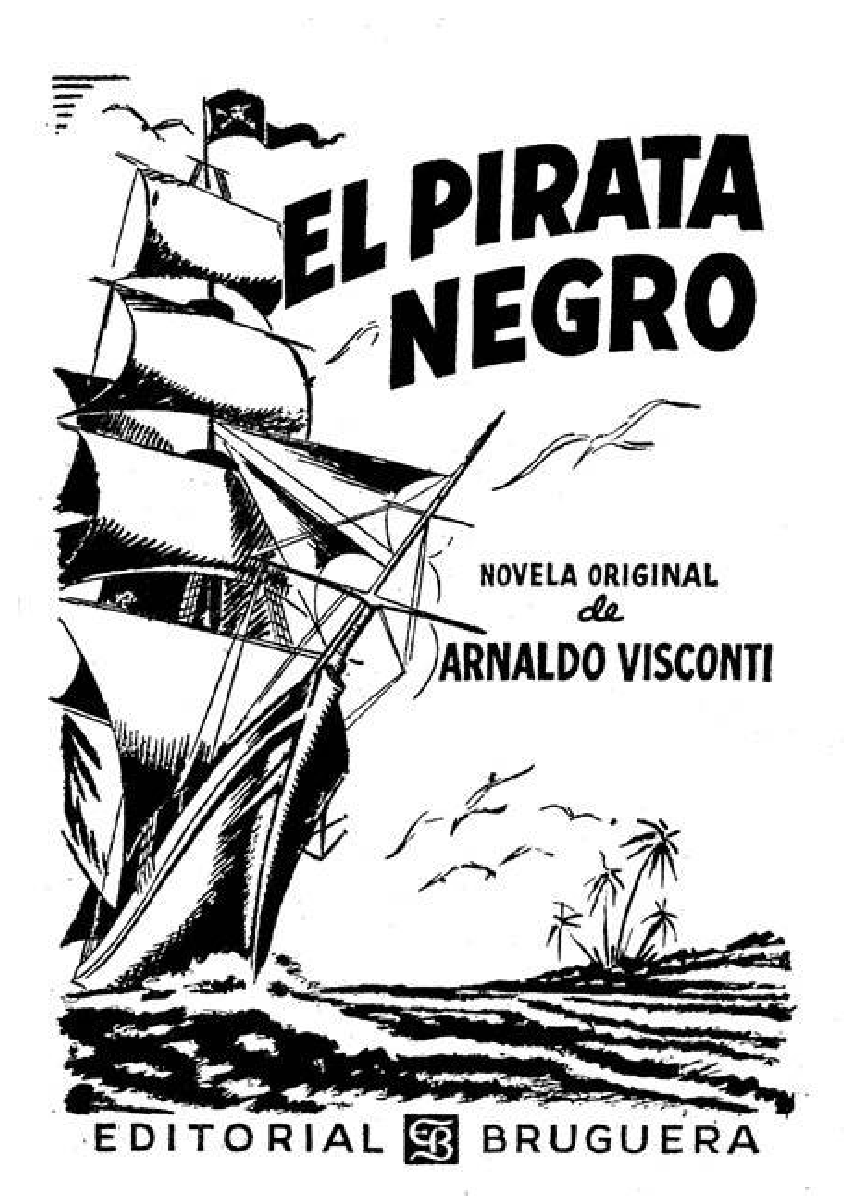
# EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

PROVENSAL

3 PTAS

## MASCARA DE FLORES


EL PIRATA
NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

# Mascara de flores

**Colección El Pirata Negro n.° 34**

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
*BARCELONA*
*1947*


Máscara de flores

# CAPÍTULO PRIMERO

## La aventura de la que tejía flores

Don Antonio Ochoa merecía muy justamente su fama de eminente médico, pues si bien radicaba en Sevilla, era consultado desde puntos muy lejanos de la península.

Poseía en grado sumo las cualidades del verdadero prototipo del caballero andaluz: era racialmente amable, discreto y servicial.

Su ayudante sentía hacia él un afecto forjado en la larga permanencia a sus órdenes, y el médico lo consideraba no sólo como un eficaz auxiliar, sino también como un amigo, con el que departía confidencialmente cuando la ocasión se presentaba.

Hallábanse ambos en el despacho de consulta del médico, cuya amplia ventana abierta permitía entrar la fresca brisa del gran jardín posterior.

—Vuestro nombramiento como tutor de la hija de don Gonzalo de Amor, entraña para vos una preocupación más que añadir a las ya inherentes a vuestro apostolado profesional —dijo el ayudante, depositando sobre la mesa el documento judicial que acababa de leer por invitación de don Antonio Ochoa.

—Lo considero un honroso deber, y lo único que lamento es que sea irremediable la locura de Ángeles de Amor. Sufrió mucho, y su cerebro ya debilitado por anteriores emociones, enloqueció, siendo ya imposible que nunca jamás recupere el juicio.

—Me entristece contemplarla tan bonita, y saber que nunca volverá a ser una persona normal. Nunca podrá ser feliz.

—En cierto modo lo es. No se da cuenta de nada. Podemos decir que ha vuelto a la infancia. Juega como las niñas... Teje flores... Balbucea. Su desequilibrio mental no ofrece peligrosidad alguna ni para ella ni para los demás. Es como si una esponja hubiese borrado

en su frágil mente todo recuerdo del pasado. ¿La has escuchado a veces cuando se dedica a su pasatiempo favorito de tejer flores?

Por fuera, sentada en el suelo, junto a la ventana abierta, una mujer de rostro aniñado, y escultural esbeltez, amontonaba en su regazo multitud de flores variadas que acababa de recoger del jardín y que iba entretejiendo.

Al oír la palabra «flores» de la conversación que llegaba a sus oídos con perfecta claridad, ladeó infantilmente la cabeza aproximándola aún más al reborde de la ventana.

—Sí, maestro, la oí. Repite una extraña palabra en lenguaje incomprensible: la palabra *Querret-el-Ain*… y también la palabra *aventurero*.

—De eso quería hablarte, muchacho. Tú eres casi un hijo para mí, y me mereces entera confianza. ¿Sabes quién fué el que me confió la tutela de Ángeles de Amor?

—Los poderes judiciales… —empezó a decir el ayudante.

—Ellos se limitaron a darle forma jurídica al tutelaje. También ellos son los que fueron amontonando en la sala cercana a las corralizas, los cofres que contienen las joyas y el oro pertenecientes a don Gonzalo de Amor y que son la herencia de la pobrecita niña. Pero el verdadero salvador de ella es un madrileño llamado Diego Lucientes, un aventurero…

—¡Diego Lucientes! —gritó el ayudante.— ¡El pirata que esta tarde ahorcarán en la Plaza de la Cebada!

—Sí, el mismo. Y créeme, lo siento. Pudo cometer errores, pero me dió la impresión de un hombre cabal… en fin —y el médico suspiró. La horca suele ser el final de estos aventureros.

La que tejía flores dejó de escuchar. Un frunce apareció en su tersa frente, entre las dos cejas.

Se puso en pie, conservando entre sus manos un tupido enrejado de flores, y alrededor de sus pies cayeron en lluvia profusa las restantes flores recién recogidas.

Dirigióse con paso alado hacia la sala que al extremo del jardín, estaba junto a las corralizas.

Entró en ella, sonriendo, pero con cierta luz de excitación en las azules pupilas dilatadas. Junto a la pared del fondo había varios cofres.

Abrió uno de ellos y refulgieron, brillantes, multitud de gemas

preciosas, engarzadas en collares, brazaletes, broches y pendientes... Relucían con multicolores facetas en las que el oro en monedas, por entre las cuales se apiñaban las joyas, les prestaba tonalidades áureas de sólido color amarillo.

Volvió ella a ladear la cabeza como si escuchase a lo lejos. Pero sólo oyó el tenue piar de los pájaros que habitaban las frondosas copas de los árboles en el extenso jardín.

Pendían en varios clavos de la pared, heterogéneos objetos. Había amplios ropajes de tela negra, y Ángeles de Amor acercóse a ellos, revistiendo aquellas ropas que quedaron flotantes a su alrededor, sin dejar adivinar su silueta femenil.

Calzó unos largos guantes del mismo color, y jugueteando con el tejido de flores que había dejado encima de un cofre, fué insertando en sus lados cintas negras.

Colocóse el tejido de flores en el rostro, y con uno de sus dedos hizo saltar de su engarce varias violetas y un jazmín, practicando dos agujeros. Luego anudó las cintas a su nuca.

Se contempló en una superficie de metal brillante, mientras cubría sus castaños y espléndidos cabellos con un pañuelo rojo que también se anudó en forma que no dejaba visible la menor hebra sedosa de su cabellera.

Y la extraña figura semiespectral, donde el rostros era tan sólo un conglomerado de flores, aproximóse de nuevo al cofre abierto...

Un relincho cercano la hizo sobresaltarse, y salió corriendo hasta detenerse ante la corraliza donde dos caballos cabecearon al ver la repentina sombra que ante ellos estaba.

Entró Ángeles de Amor en la corraliza y con febriles movimientos descolgó unas grandes alforjas que hábilmente colocó a lomos de uno de los caballos.

Regresó a la sala donde se había vestido, y fueron varios los viajes que hizo desde el cofre abierto basta las alforjas. Pronto éstas quedaron repletas de joyas y monedas.

Cubrió Ángeles de Amor con telas negras la rica carga para ocultarla, sentándose después como una amazona entre las abultadas alforjas.

Condujo al caballo al paso hacia una verja posterior del jardín, cuyos hierros empujó, y apenas el bruto hubo pisado el enarenado suelo exterior, Ángeles de Amor palmoteó las ancas, obligando a su

montura a emprender un largo galope.

Los largos y flotantes ropajes negros formaron en la grupa un revuelo airoso, mientras el caballo, a todo galope, tomaba veloz carrera por la carretera que conducía a la ciudad de Cádiz.

Por espacio de diez minutos, Ángeles de Amor, asida al pomo de la silla pareció flotar irrealmente, hasta que de pronto torció las riendas obligando al caballo a enfilar un sendero que, entre la arboleda, conducía a una cabaña erigida en la loma de una pequeña colina.

Sin descabalgar, Ángeles de Amor detuvo al sudoroso caballo, agobiado por la pesada carga, ante la puerta abierta de la mísera choza.

Nadie contestó a las sucesivas llamadas que en voz alta y en lenguaje extraño, emitió Ángeles de Amor.

Descendió y ató el caballo a un tronco de árbol, tras la choza. Entró en la única sala que componía todo el recinto de la reducida mansión abandonada, que antaño debió servir de refugio a pastores.

Como mobiliario, había tan sólo una mesa rústica, un escabel de tosco artificio, y encima de la mesa un candelabro de madera que contenía cinco velas. Junto al candelabro, había yesca y pedernal.

Y en el único cajón de la mesa había un tintero, una pluma y papel amarillento por la humedad...

Por espacio de media hora, Ángeles de Amor dedicóse a una operación particular: iba transportando las monedas de oro y las joyas al hoyo que había encontrado en uno de los rincones de la choza, y que cuando quedó convertido en repleto continente de un tesoro, recubrió con bálago y ramas.

Sólo conservó un collar de perlas y un brazalete de oro en el que se engarzaban ricas esmeraldas. Introdujo ambas preseas bajo sus ropajes, en la faltriquera que pendía de su cinto.

Cogió las alforjas, vacías ya, y con ellas dirigióse hacia la carretera, tirándolas entre unos matorrales. Sentóse entre unos setos, y apoyó la cabeza sobre sus dos brazos, en esfuerzos meditativos...

En su cerebro dos palabras barajábanse: *Aventurero* y *horca*. Recordaba la lectura que en fecha imprecisa y en lugar que no podía fijar con exactitud, había verificado de las aventuras de un bandido, cuya novia, al morir él, habíale sucedido en el mando de

la cuadrilla...

De pronto oyó un estruendoso ruido, y levantándose precipitadamente, corrió a ocultarse en el interior de la cabaña.

Antes de entrar en ella, aun tuvo tiempo de percibir que los causantes del estruendo eran un grupo de jinetes que a todo galope llegaban por la carretera.

El que estaba al frente de ellos, dió un grito imperativo y el escuadrón de jinetes, puso al trote sus caballos, introduciéndolos tras el cabecilla por el estrecho sendero que conducía a la choza.

Vestían todos el peculiar y abigarrado ropaje de las fuerzas extranjeras mercenarias que en aquellos tiempos de revuelta inundaban el suelo español.

El que les dirigía, sujeto alto y enjuto, ostentaba un flaco semblante de satánicas características, quizás debidas al arqueo de las cejas, al bigote de afiladas guías y al sardónico brillo de los ojillos negros.

En su chillón atuendo, destacaba el arsenal que al cinto llevaba: una tizona de gran largura, un puñal cuya hoja equivalía a media espada, una daga de ancha vaina, tres pistolas entrecruzadas y un bolsón de cargas y pólvora.

Demostró ser buen jinete cuando dominó el encabritamiento repentino que en su caballo produjo una aparición surgida en el centro del sendero, que con los brazos levantados y flotantes las amplias mangas, demostraba con su gesto el deseo de detener a los caballistas.

—*¡Mordieu!* —exclamó el asombrado cabecilla.

Aproximóse la extraña enmascarada y su voz, aunque velada por el antifaz de flores, tenía suaves timbres femeninos.

—¿Eres un aventurero? —preguntó la enmascarada.

La incongruencia del disfraz, la rareza de la aparición en aquel paraje desierto, y la puerilidad de la pregunta, sumieron en estupor por un instante al cabecilla del escuadrón mercenario.

Pero Truant Lambert, el parisino, vagabundo desde hacía ocho años por tierras españolas, era hombre que sabía amoldarse a las más extravagantes situaciones.

Quitóse el chambergo, en amplio ademán cortés.

—Adivino sin gran esfuerzo que sois dama. Yo soy Truant Lambert, nacido en el bello París, y sin ambages os declaro que soy

aventurero, si con este término se califica al que alquila su espada al mejor postor.

Descendió a la vez que hablaba de su caballo, haciendo con la diestra en que mantenía el chambergo un imperativo gesto hacia sus hombres, que cesaron en sus comentarios, y siguieron inmóviles a caballo.

El antifaz de flores transparentó una agitación evidente en las palabras que a continuación pronunció la misteriosa enmascarada:

—Esta tarde ahorcarán en la Plaza de la Cebada, de Sevilla, a un pirata aventurero. Necesito que lo salves.

—Muchos encargos semejantes he recibido, aunque diferentes. Nunca me alquilaron para salvar a un pirata. Fuí espada duelista para enamorados celosos y cobardes; fuí guardián de viudas… En fin, he sido muchas cosas…

La voz aguardentosa y ronca del parisino fué dominada por la aguda voz de Ángeles de Amor al exclamar:

—¡Tú eres un aventurero!

—Lo soy, señora.

—Entonces debes salvar al pirata que van a ahorcar. Se llama Diego Lucientes. Entre aventureros, os ayudáis.

—Generalmente nos matamos mutuamente, señora.

Ángeles de Amor hurgó bajo sus ropajes y extrajo el collar de perlas y el brazalete de oro y esmeraldas que tendió al parisino.

—¡Tuyas son estas joyas! ¡Salva al pirata Diego Lucientes!

Truant Lambert colocó su chambergo bajo el sobaco, cogió las dos joyas, sopesándolas y en francés murmuró:

—Parecen buenas, diantres. —Y dominando el pestañeo de sorpresa que la ingenua actitud de la desconocida le producía al entregarle aquellas joyas, añadió en español:

—Espero, señora, que lograré cumplir el compromiso de salvar al pirata español por el que os interesáis. ¿Dónde os vendré a dar cuenta del feliz resultado o del fracaso?

—¡No puedes fracasar! Los aventureros sabéis vencer siempre… En aquella choza te aguardo, Truant Lambert —dijo señalándola.

El parisino ondeó su chambergo en amplio saludo, antes de cubrirse con él sus largos cabellos, y montó. Dió una orden, y sus jinetes obligaron a sus caballos a dar media vuelta.

Cuando entraban ya en la carretera, Truant Lambert les arengó

con tajantes frases.

—Si estas joyas son buenas tenemos resuelto el problema de la comida durante tres días y el problema de la bebida por uno. Iré a venderlas. Si son falsas, veremos ahorcar al pirata español en la Plaza de la Cebada. Si son buenas, me comeré el chambergo si consentimos que lo ahorquen. ¡Picad espuelas!

* * *

En la popular Plaza de la Cebada, amplio cuadrilátero al cual convergían seis calles, congregábase una hirviente multitud, ávida de presenciar la ejecución del pirata que no sólo había osado desafiar a la autoridad internándose en suelo español, lejos de la costa, sino que además había retado públicamente al «terror de Sevilla», don Juan de Tassara.

Los comentarios intercambiábanse entre las apretadas filas, a duras penas contenidas por el cordón de soldados de infantería, alrededor del entarimado donde se alzaba el cadalso.

—...y cubría sus cabellos rojos con peluca.

—Así como su antebrazo manco con otro de hierro.

—¿Y cómo no se le veía tal disimulo?

—Porque usaba manoplas largas de terciopelo azul.

—¿Cómo entonces adivinaron quién era, si usaba peluca y no se veía que era manco?

—*¡Jozú, compare!* ¡Pregunta vuesa mercé más que un dómine! Fué don Juan de Tassara quien lo apresó, porque se *jolía* quien era el quídam que tenía el valor de rondar la reja de Encarnación Castro, la bella entre las bellas, la reja prohibida y peligrosa que...

—¡Ahí viene!

El clamor ahogó los comentarios y por la calle de los Trinitarios avanzó la comitiva entrando en la plaza.

La llegada de la carreta fué acogida con silencio, hasta que de nuevo llovieron los pareceres de los espectadores.

—¡Guapo mozo y joven! —suspiró una matrona.

—¡Lástima de cáñamo!, ¿verdad maestra?..

Un heraldo avanzó y cesaron los tambores en su monótono redoblar.

«Por contumaz en el ejercicio de la piratería —leyó con voz estentórea el heraldo— y por rebelde a la ley, se condena al pirata notorio Diego Lucientes, a la pena de horca, descuartizamiento y

exposición de sus restos en las encrucijadas, para que tal castigo sirva de escarmiento.»

Diego Lucientes sonrió tristemente, con amarga conformidad. Prefirió mirar a lo alto mientras uno de los ayudantes comprobaba si funcionaba la palanca que hacía descender la plataforma.

El verdugo empujó al condenado hasta que los pies de éste reposaron encima de la trampa que, al ceder, debía dejarle colgado en el vacío.

Redoblaron de nuevo los tambores, y el heraldo, arrollando el pergamino que acababa de leer, lanzó con voz potente al terminar el redoble:

—La ley, en su infinita justicia, concede al condenado autorización, para hablar, si ha de manifestar su público arrepentimiento.

Hízose un profundo silencio, y Diego Lucientes contempló detenidamente, en ojeada circular, la multitud que se apiñaba en la plazuela.

—¡Amables ciudadanos de la florida Sevilla! —gritó, procurando prestar toda la posible firmeza a su voz.

—En trances semejantes, tengo entendido que el que se considera perdido y sin remedio, suele estilar desplantes y jactanciosas bravatas. Bien quisiera hacer lo mismo, pero este nudo corredizo que me roza la sesera me da lo que nunca tuve: sensatez. Ahora que ya es tarde, comprendo que es cierto lo que de niño me enseñaron: la vida tranquila y hogareña es la única que concede la felicidad. Si de algo os ha de servir el verme patalear, sacad una moraleja doble: a la fuerza ahorcan, y tonto aquel que pudiendo vivir pacíficamente elige vida airada...

Formóse cierto revuelo... y una rosa roja lanzada desde un balcón fué a caer a los pies de Diego Lucientes.

—¡Abrevia verdugo! —gritó el madrileño.

No quería que su último pensamiento plasmara en su mente la divina imagen de Encarnación Castro...

El verdugo asió el lazo, colocándolo alrededor del cuello del que iba a ser ajusticiado...

Súbitamente el revuelo aumentó en proporciones ensordecedoras, gritos de la plebe que pareciéronle a Lucientes manifestación de enardecimiento ante su suspensión en el vacío...

Gritos que arreciaron chillonamente, mientras sonaban disparos, entrechocar de aceros, y Lucientes torcía la cabeza al sentir la mordedura del cáñamo bajo su mentón rasurado.

El ayudante, a cuyo cargo estaba el maniobrar la palanca que abría el vacío bajo los pies del condenado, había apoyado en ella todo su peso…

Pero en la plaza nadie tenía ojos ya para la ejecución. Todos los espectadores corrían alocadamente, contribuyendo sin saberlo, a que Truant Lambert y sus hombres realizasen su propósito con más facilidad.

Los soldados de infantería por temor a herir a la muchedumbre, defendíanse bravamente de los ataques que con las espadas de plano y disparando al aire, les asestaban los jinetes que acababan de irrumpir en la Plaza en grupos de escaso número por cada una de las calles.

Truant Lambert tomó puntería, mientras su caballo avanzaba hacia el cadalso en que se hallaba Diego Lucientes.

Disparó y repitió con otra pistola la descarga hasta que la cuerda de cáñamo, certeramente atinada a escasa distancia, se destrenzó.

Remató Truant Lambert su acción, obligando al caballo a subir al entarimado en prodigioso salto audaz en que el parisino se jugó el todo por el todo.

Si los cascos delanteros de su caballo hubiesen tropezado con el reborde de madera, la caída habría sido fatal para el jinete.

Pero afianzados los cuatro remos, el caballo soportó la prueba, mientras Truant Lambert con sendos altibajos de su tizona, derribaba al verdugo y al ayudante.

Su misma tizona cortó el resto de la cuerda, y enlazando a Diego Lucientes antes de que éste cayera al vacío, lo atravesó ante sí, y picando espuelas, obligó a su montura a un salto que sembró el pánico entre los soldados que acudían.

—*¡A tout galop!* —exclamó Lambert, y su ronca voz precedió en instantes la retirada de sus hombres que atendiendo a sus instrucciones se desperdigaron por las callejuelas por las que habían venido.

El galope desenfrenado, a cuyo frente iba Truant Lambert sosteniendo con una mano al bamboleante cuerpo del desvanecido, no cesó hasta que ya estuvieron lejos de Sevilla y de toda

persecución.

Los caballos entraron en un bosquecillo, y Truant Lambert dió la orden de alto.

Desmontó y sin grandes miramientos, lanzó al suelo al que acababa de salvar en el último instante de una muerte segura.

—¡Cordial! —exigió secamente.

Uno de los jinetes aproximóse llevando una cantimplora, cuyo gollete aplicó Lambert entre los dientes de Lucientes, que entreabrió con la punta de su puñal.

Vertió buena parte del vino contenido en la cantimplora, que devolvió luego a su dueño.

—¡Vigilad! —advirtió a sus hombres.

El crepúsculo había huido para dejar paso a la noche. Inclinóse Lambert mirando de cerca el rostro del inanimado Lucientes, cuyo torso desnudo, donde la mitad izquierda era una extraña coraza de hierro, temblaba levemente...

Truant Lambert no sabía que su rostro mefistofélico, no era el más a propósito para tranquilizar al que renacía a la vida.

Su enjuto semblante mordaz, tenía semejanzas con el de un diablo burlón o el de un gato refocilándose...

—¡Híncame el pincho, Satán! —gritó Lucientes angustiado.

Y como si el sonido de su propia voz obrara cual el aguijón de una horquilla, incorporóse bruscamente, quedando sentado en el suelo.

Se le antojó una serpiente el flácido cáñamo que colgaba de su cuello.

—¡Pesadilla del Averno! —murmuró.— ¡Acaban de ahorcarme!

Fué concentrando sus pardas pupilas en cuanto le rodeaba. El dosel estrellado era un cielo nocturno; el rostro que se le antojó diabólico, era humano...

Hallábase sentado en un prado, cercano a un camino polvoriento que destacaba por su blancura en la penumbra de la arboleda circundante.

Medio centenar de jinetes, manteniendo por las bridas sus caballos, formaban un grupo compacto entre la arboleda.

—¡Repámpanos! —murmuró Lucientes, palpando la hierba.— Yo no sueño... Esto es hierba...

—Y refrán hay que dice que «mala hierba nunca muere.»

La frase que sonó a sus oídos como si fuera música, aunque era pronunciada por una voz aguardentosa, vigorizó instantáneamente el espíritu de Diego Lucientes.

—Estás vivo de casualidad, pirata —habló Lambert en español, aunque con acento extranjero.— A no ser por mis disparos que empezaron a aliviar la tensión de la cuerda de cáñamo, estarías entrando y saliendo en las calderas de *monsieur le diable*... Perdiste el sentido y fué de lamentar, pirata. De lo contrario habrías visto cuán magnífica fué la labor de mis soldados. Entretuvieron con sus aceros a los infantes españoles, mientras yo a caballo saltaba al cadalso. Ahora estás ya lejos del trono que te edificaron los jueces españoles.

Diego Lucientes trató de incorporarse, pero sus tobillos seguían en grilletes, y sus brazos continuaban atados con cuerdas a sus espaldas. El relente de la noche estremeció su torso desnudo.

—Debo darte las gracias, desconocido. Seas quien seas y lo hicieras por lo que fuese, me evitaste el que me partiera la nuez.

Agitó el cuello con mueca dolorida, y el cáñamo bailoteó sobre su pecho.

El misterioso salvador quitóse el chambergo con ademán burlón.

—Me llamo Truant Lambert, parisino, maestro de armas en reposo, espada a sueldo cuando viajo. No me conoces ni te salvé por impulso personal. Vine a España al frente de ochenta aventureros, de los que me quedan cuarenta y uno. Los mando porque sé hacerme obedecer, y también porque supe comprender que guerreando perdía yo el tiempo y lo hacía perder a los que me obedecían. Se me da una higa del archiduque o del Anjou, cuya querella es la que me tiene en España desde hace ocho años, yendo de norte a sur. Pones cara de pasmo, pirata.

—¿No la pondrías tú, Truant Lambert, si creyéndote en el infierno, te despertaras sentado en un prado oyendo historias como la tuya? Dices que no me salvaste por iniciativa tuya. ¿Quién te pagó a ti y tus hombres?

—Pronto lo sabrás...

Una repentina sospecha invadió el espíritu de Diego Lucientes. Y la sospecha se le afianzó en el ánimo al ver que su salvador no demostraba la menor intención de liberarle de grilletes y cuerda.

—Por tu modo de hablar, Truant Lambert, pareces amante de la

veracidad.

—Lo soy. Algunos me llaman cínico, pero no soy más que un hombre que sólo estima cuatro cosas: las mujeres primero y ante todo. Después el mosto. En tercer lugar, el naipe, y en cuarto y último, el dinero y la pelea. Y como sé que mentir en balde es de imbéciles y me creo listo, por eso prefiero hablar verdad cuando a nada me comprometo.

Diego Lucientes casi miró con simpatía al que le observaba, cruzados los brazos sobre su atuendo chillón.

—¡Tú has sido pagado por Juan de Tassara! —exclamó súbitamente Lucientes.

Truant Lambert al contestar no lo hizo en réplica a la exclamación.

—Estamos aquí porque es sitio que nos protege de la persecución que se desencadenó cuando, atravesado en mi silla, te arrebaté del cadalso y a todo galope tomé la ruta de Cádiz. Dimos viraje en este sendero y dentro de unos instantes, emprenderemos el camino hacia el lugar donde espera quien me pagó la labor de quitarle el cáñamo al cuello de un pirata.

—¿Por qué no me quitas las amarras?

—No fío de piratas. Tengo que cumplir con lo que se me encargó. Llevarte vivo a una cabaña de aquel monte.

—Es lo que me suponía —murmuró Lucientes con sarcasmo.— Me evitaste la horca para llevarme a poder de Juan de Tassara. Mejor habría sido que fallaras tus disparos, Truant Lambert. Ya me había hecho a la idea de ser un vulgar ahorcado...

—¿Por qué crees que llenó mi bolsa Juan de Tassara?

En breves explicaciones narró Lucientes sus dos entrevistas con el aristócrata sevillano y la tercera y última de las que despertó en una mazmorra:

—...y ahora, ese mequetrefe, arrepentido de que el cadalso terminase conmigo, prefiere saciar particularmente su odio personal ejercitando en mi ajetreado cuerpo su vengativo espíritu.

La pregunta del parisino asombró a Lucientes:

—¿La hermosísima Encarnación a la que no he tenido el placer de ver, es amante de las flores?

—Sí... como toda sevillana, pero...

—Quizá no te diste cuenta, pero una rosa roja cayó a tus pies en

el cadalso, segundos antes de que mis hombres desembocaran en la plaza a mi señal.

—¡Vi la rosa! La arrojaron desde un balcón, y entonces me pareció caída del cielo...

Y en un alarde de agilidad, impulsado por una vehemente esperanza, púsose en pie Diego Lucientes.

—¡Por favor, Truant Lambert! ¡Dime! ¿Es Encarnación quien te pagó y buscó el servicio de tu espada para darme libertad?

El parisino retorcióse de nuevo la guía enhiesta de su bigote, y su contenida sonrisa cínica dió el peculiar matiz mefistofélico a su rostro enjuto.

—La furia española —dijo mordaz.— Aquiétate, pirata. Aún es pronto para que vayamos a la cabaña. Sé que es una mujer la que me pagó. Fué algo asombroso, casi increíble. Vagaba yo con mis hombres por el sendero que conduce a aquel monte, cuando desde una cabaña que parece choza de pastores, salió una figura que se me antojó espectral. Era un ser humano, pero vestía holgados ropajes negros, guantes del mismo color y sus cabellos estaban recogidos en pañuelo rojo. No sé de qué color son sus cabellos...

—Pero, ¡el rostro!...

—El rostro lo llevaba cubierto con un largo mascarón. Un antifaz como nunca vi. Todo compuesto de flores. Había rosas, jazmines, violetas, claveles... entremezcladas en tupido bordado. Los colores de los pétalos impedían adivinar el color de sus pupilas... Supe que era mujer, por su voz, que aunque velada por las flores, tenía timbres suaves y cadencias de Eva. Apareció como te digo, atravesándose en medio del sendero. A guisa de saludo me preguntó si yo era un aventurero. Repliqué, pese a lo extraño de su aspecto y de su pregunta, que, en efecto, tal era yo: un aventurero que prestaba su espada al mejor postor. Ella me habló de un pirata que iban a ahorcar. Me tendió un collar de perlas y un brazalete de oro y esmeraldas. Me los dio... Eso me hizo sospechar que era una mujer ingenua, y por eso tanto más me propuse obedecerla. ¡Es tan rara la virtud de la ingenuidad! Me dijo que volase con mis hombres y te trajera vivo a aquella cabaña... Si tardé y llegué casi cuando tenías un pie en el otro mundo, fué porque no fiando de acciones ingenuas, vendí el collar y el brazalete a un judío amigo mío. Eran joyas buenas... Esa es la historia del por qué yo, un desconocido, te

he salvado a ti, otro desconocido, ateniéndome al buen pago de una desconocida.

Alejóse Truant Lambert, y oyó Lucientes cómo en francés iba dando órdenes a los jinetes que fueron abriéndose en distintas direcciones, formando por entre la arboleda una guardia vigilante, cuya centro a proteger, era la cabaña de la cercana colina.

Regresó Lambert, que demostró que si bien flaco, era extremadamente fuerte cuando, sin aparente esfuerzo, colocó a Diego Lucientes atravesado ante la silla de su caballo, que montó a continuación.

—Postura poco airosa —rió Luciente complacido.— Pero me agrada. No debo ser exigente, ya que soy un resucitado. ¿Quién será ella?

—Cuando mis hombres hayan acordonado la cabaña, y estemos a salvo de posibles sorpresas de ataque, iremos a ella. Tú mismo averiguarás quién es ella, aunque no tienes cara de imbécil, pirata. Vete pensando en quienes son las mujeres sevillanas a las que has hecho favor, o a quienes has incendiado el corazón.

—Rocío Mairena... una —contó Lucientes.— La mesonera de la Cruz del Campo. Pero no la creo posible de tanto romanticismo... Una gitana que se ahorró un vapuleo... dos. Pero tampoco... ¡Carmen Robles!... Pero no. Estaba furiosa conmigo... ¡Encarnación! ¡Ella, ella será!

—*¡Tonerre!* —exclamó el parisino con su voz ronca.— ¿Qué tiempo llevabas en Sevilla, pirata?

—Unos siete días, incluidos los de mazmorra.

—*¡Saperlipopette!* Si eres tan buena espada como buen galán, casi, casi me alegra haber sido pagado para privar de un nuevo súbdito a *monsieur le diable*.

—¿Rosas? —murmuró de pronto Lucientes, cabeza abajo y formando un arco encima del lomo del caballo.— ¿Y si fuera Rosa? Mi dulce Rosa...

—¡Acaba ya, fanfarrón! —rió el parisino.— ¿Cinco mujeres enamoradas de tu rojo penacho? ¿Una por día?.. Por guapo y atractivo me tengo yo y nunca en cinco días conquisté a cinco mujeres...

—Si cultivas mi amistad te daré lecciones...

Rió el francés, golpeando rudamente el hombro derecho de

Lucientes.

—¡Bribonazo rebosante de caradura! Tienes buen humor, pirata español. Bien, ¿oyes el búho? Es la señal convenida con mis hombres. Ya están dispuestos a no dejar pasar a nadie por cuantos puntos cardinales conduzcan a la cabaña..., donde te espera una de tus bellas... Porque las cinco serán bellísimas, ¿no?

Puso el francés al paso su caballo. Diego Lucientes ladeó la cabeza, mirando hacia arriba, desde donde Truant Lambert a caballo le contemplaba burlonamente.

—Rosa es afectuosa, sedante, comprensiva... La esposa perfecta. Rocío es otoñal, buena y maternal. La gitana es liana nerviosa, adolescente, que trenza arabescos interrogantes con sus brazos morenos... Carmen es vehemente, apasionada, audaz... Encarnación es indescriptible. Ni los escultores griegos, ni los pintores sevillanos pueden reproducir la pagana y a la vez divina belleza de Encarnación, cuyo nombre en sí es el poema que la simboliza, porque es encarnación del sueño más loco del más loco de los poetas de buen gusto en sus desvaríos...

—¿Poeta también?.. Me vas resultando simpático, pirata.

Antes de acabar su frase, Truant Lambert desmontó y cargando sobre su hombro al encadenado, entró en la cabaña circundada por espesos robles.

Reinaba la oscuridad en el interior de la mísera choza. Truant Lambert empujando con el hombro a su carga humana, adosó a Lucientes contra la pared oscura, manteniéndolo en pie.

De pronto, un pedernal chasqueó y la chispa prendió en un candelabro tosco que sostenía cinco velas. Una tras otra las velas fueron encendiéndose...

Sentado tras la mesa rústica que ocupaba el centro de la habitación, un ente extraño quedó iluminado, así como los dos hombres que permanecían en pie contra la pared del fondo.

Sólo veiase un busto recubierto por ancha tela reluciente. Largos guantes de piel ocultaban brazos y manos. En vez de rostro, la extraña visión tenía un denso antifaz de flores. Un rojo pañuelo enmarcaba las flores y pendía a las espaldas...

La voz que habló no tenía matices ni tonalidades, pareciendo proceder de muy lejos...

Insensiblemente, Diego Lucientes se acercó a la mesa y Truant

Lambert le imitó.

—Has sido salvado porque eres un aventurero.

La frase de la enmascarada sumió aún en mayor estupor al madrileño, que quedóse sin habla ante la incongruencia inexplicable para él de aquella declaración.

Truant Lambert quitóse el chambergo en amplio saludo.

—Cumplí vuestra orden, enmascarada. Considerando que mi presencia os es quizás indiscreta, pido vuestra venia para retirarme.

—Quédate también, aventurero —habló la voz, que brotaba amortiguada por entre las tupidas flores.

—Desata al que es de tu clase.

Diego Lucientes miró por vez primera encima de la mesa, donde había tres objetos tan incongruentes como el modo de hablar de la misteriosa enmascarada: un tintero, un papel y una pluma de ave...

—Procura recordar que Truant Lambert no tolera violencias contra mujer —bisbiseó el parisino al oído de Lucientes, mientras con su puñal le cortaba las ligaduras que sujetaban sus brazos.

Diego Lucientes, en el colmo de la perplejidad, quitóse los grilletes y su media coraza crujió en las ingeniosas articulaciones, cuando fué estirando sus músculos entumecidos, y frotándose las piernas en que sentía agujetas.

Quitóse del cuello el trozo de soga.

—Respeto vuestro antifaz, señora... —musitó Lucientes.— Siempre amé el misterio, y aguardaré a que vos tengáis la voluntad de desenmascarar el rostro que adivino hermoso, porque hermosa fué vuestra acción al salvarme. ¿Intento adivinar quién sois?

Una risita infantil sonó a través del antifaz.

—Inténtalo, aventurero... Pero no acertarás.

—Descubrid una de vuestras manos...

Ella quedóse con los brazos apoyados en la mesa, sin moverlos.

—Rosa no sois, porque ella no jugaría con mi impaciencia. Si es cariñosa venganza, no la prolongues, Rosa Hoyos.

El antifaz de flores movióse a diestro y siniestro en negativa.

—Entonces... ¿acaso la buena Rocío?

De nuevo repitió la máscara su negativa. Quitóse lentamente uno de sus largos guantes, apoyando una pálida mano encima de la pluma que atravesaba el papel.

—Tampoco vuestra mano es morena. No sois, pues, la gitana de

ojos de sierpe... Tampoco Carmen posee esa nacarada blancura... ¡Encarnación!

Brotó de nuevo la risita absurdamente infantil, extraña, impresionante en el silencio de la choza.

La misteriosa enmascarada escribió con afiligranados caracteres encima del pergamino.

Diego Lucientes, y Truant Lambert, también acuciado por la curiosidad, inclinaron los bustos para leer lo que ella iba escribiendo. El parisino encogióse de hombros, empezando a cansarse de aquello que se le antojaba un juego de adivinanzas ya excesivo, de una caprichosa dama sevillana.

Diego Lucientes arrugó la frente en esfuerzo recordatorio. ¿Dónde había leído ya lo que estaba escribiendo la desconocida?..

*Querret-el-Ain... Querret-el-Ain...*

Súbitamente, con grito que alarmó al parisino, Diego Lucientes, pálido el rostro, desorbitados los ojos y seca la garganta, exclamó:

—¡Ángeles de Amor!

Pronunció los dos nombres con tal entonación de asombro y visible emoción, que el parisino quedóse estupefacto. No era la exclamación de un enamorado ante su amada... Había en el modo de pronunciar aquel nombre un matiz de respetuosa tristeza...

—Sí. Algunos me llaman Ángeles de Amor, no sé por qué —dijo la enmascarada.— Pero siempre me nombraban por Querret-el-Ain, allá en una tierra separada de ésta por mucho mar. Allá en una tierra donde el sol calcina las arenas, y los hombres cubren sus rostros con velos...

Sacudió Ángeles la cabeza, y el rojo pañuelo ondeó a sus espaldas.

—Pero no hablemos de mi, aventureros. Te salvé a ti, al que llaman Diego Lucientes, porque me he propuesto vivir como la novia del aventurero que murió en el cadalso. Leí su historia ha tiempo y me gustó. Ha empezado hoy mi vida de aventura. Necesito aventureros a mi servicio. ¿Quieres tú entrar a formar parte de mi cuadrilla, Diego Lucientes?

—Ved, señora, que vos no debéis estar aquí. Yo mismo os llevé al cuidado de un hombre bueno que es vuestro tutor y...

—¿Y tú, Truant Lambert, quieres poner tu espada a mis órdenes?

El parisino retorcióse una de las guías de su bigote en ademán

reflexivo.

—Aceptaría de buen grado, señora, pero de mí dependen cuarenta y un belitres a los que debo conducir en empresas que produzcan lo suficiente para beber y yantar. Dormir es lo de menos. Se descansa a satisfacción bajo el cielo por techo, y con hierba por lecho.

—¿En qué precio fijarías las espadas de tus cuarenta y un hombres y la tuya?

—¡Es absurdo! —estalló Lucientes.— Yo no puedo…

—Hazle callar, Truant Lambert —ordenó Ángeles.

El parisino apoyó su diestra en el desnudo pecho del madrileño.

—Obedece a la indicación de la señora, pirata. Aquí manda ella y tú y yo escuchamos. ¿Decíais, señora, que en cuanto fijo enrolar a vuestro mandato mis hombres bajo mi dirección obediente? Por muy contentos se darían ellos si obtuvieran una pieza diaria de oro.

—¿Y tú?

—Con dos piezas de oro al día, me consideraría un Creso.

—Cuenta las monedas que hay aquí. —y Ángeles señaló hacia un rincón de la reducida habitación.

—¿Dónde, señora?

Diego Lucientes bisbiseó al oído del parisino:

—La pobre está loca…

—¿Dónde, señora? —repitió Truant Lambert apartando al madrileño.

Ángeles de Amor se levantó y alzando el candelabro dirigióse al hoyo recubierto por bálago y ramaje.

Iluminó ampliamente el lugar, señalándolo con el pie.

—Aparta esos hierbajos, Truant Lambert, y verás que puedo pagarte soldada por años.

Incrédulo, Truant Lambert fué quitando el bálago, al principio con lentitud, pero poco a poco, a medida que iba entreviendo los destellos de las joyas y del oro, aceleró sus movimientos hasta dejar al descubierto por completo el tesoro.

—*¡Mordieu!* —exclamó brillantes los ojos de codicia.— ¡Es… es maravilloso!

—Coge de ahí la cantidad suficiente para pagar un mes de soldada. Llama a uno de tus hombres y que recoja la cantidad que tú quieras.

—No, no, señora —dijo precipitadamente el francés.— Os desobedeceré por vez primera y única, pero estimo que es más prudente que ninguno de mis hombres se acerque a ese lugar. Deben ignorar que hay aquí este escondrijo.

—¿Por qué? —preguntó Ángeles.

—Porque, es preferible, señora. Vos misma tened a bien apartar de ahí dos millares de monedas de oro, y me consideraré ya incondicionalmente a vuestro servicio así como mis hombres durante un mes entero.

—No temas que esto se agote, Truant Lambert —dijo ella.— Sé donde hay montones y montones en cofres, y todo me pertenece.

Truant Lambert pasóse la lengua por los resecos labios, mientras Lucientes, abatido, dejábase caer en un escabel, aguantándose la cabeza entre ambas manos. La frescura del hierro de su mano zurda obraba como calmante a la desesperación que le invadía.

Truant Lambert volvió a amontonar cuidadosamente sobre el hoyo los ramajes y el bálago.

Ángeles de Amor volvió a colocar el candelabro encima de la mesa, tras la que se sentó.

—¿Cuál es vuestro propósito, señora? —inquirió el parisino.

—Mañana, al amanecer, ven. Ahora estoy cansada. Quiero dormir. Te daré las dos mil monedas de oro. Quiero tu espada y la de tus hombres para estar siempre dispuestos a acudir en socorro de los aventureros que estén próximos a la muerte. Debe ser muy... muy triste, amar a un aventurero y perderlo para siempre. ¡Idos!

Saludó Lambert profundamente, y asió por un sobaco al abatido Lucientes, al que casi sacó a rastras de la choza.

Lo soltó en el exterior, pero enlazó su brazo al derecho del madrileño, alejándose con él unos veinte metros.

Entonces le soltó definitivamente, pero observándole de reojo, mientras emitía un ronco sonido muy semejante al silbido del búho.

Diego Lucientes sentóse al pie de un árbol, apoyándose contra el tronco, mientras de entre las sombras circundantes, salía un hombre.

En francés, Truant Lambert habló al recién llegado:

—Presta cuidado a mis órdenes, *Querelleur*. Irás repartiendo entre todos la siguiente consigna. En aquella choza no entra nadie. Quien entre en ella, yo lo mataré. Me he comprometido a velar por

el honor de una dama solitaria, y a fe de Truant Lambert, que mataré al que intente entrar en la choza. A partir de mañana recibiréis cada uno una pieza de oro. Habrá poco trabajo, os lo aseguro. Dos turnos. Uno para vigilar los alrededores de la choza, y poner pies en polvorosa protegiendo a la señora si se presentase algún peligro, y el otro grupo de hombres podrá ir a la ciudad a divertirse cada veinticuatro horas. En cuanto a este hombre que está allí sentado, vigiládmelo estrechamente si quisiera abandonar este paraje. No puede dejársele salir de aquí. Turno de vigilancia de cinco hombres por la noche. Estamos aquí muy a seguro, porque nada tiene de particular, en estos tiempos, que acampen fuerzas mercenarias. Puedes irte, *Querelleur*.

—Si me permites, Truant, yo quisiera aconsejarte.

—Puedes hacerlo. Eres cincuentón y durante diez años estuviste conmigo.

—Mata a este pelirrojo pirata.



*Mata a este pelirrojo pirata.*

—Todavía no, *Querelleur*. En el fondo, no le tengo antipatía a ese mozo. Gracias a él, he entrado al servicio de una dama loca que nos puede enriquecer.

—¿Loca, Truant?

—Caprichosa, si prefieres. Hasta mañana, *Querelleur*.

Al quedarse solo, Truant Lambert aproximóse al hombre sentado.

—¿Muy fatigado, pirata? Perdona la falta de educación, pero a mis hombres prefiero hablarles en francés.

—Puedes hacerlo. Entiendo perfectamente el francés.

La respuesta hizo pestañear al parisino, que en francés dijo:

—*¡Ventre-de-biche!* ¿Te sorbieron el seso el ayudante y el verdugo?

—Nunca tuve un seso muy cabal —replicó en francés Lucientes.— Pero no sirve para medir mi sesera el hecho de que yo pueda hablarte en francés si casualmente entiendo y hablo tu lenguaje..

—¿Oíste, entonces, el consejo de *Querelleur*?

—Sabio consejo. ¿Por qué no lo sigues?

—Tú estás mal, pirata. ¿Qué bravuconada es esa?

—Advertencia, bandolero. No es bravuconada. Hubiese podido fingir ser sordo al francés. Hubiese podido intentar emplear la astucia. Prefiero hablarte de hombre a hombre.

—¿Por qué tomaste esta decisión?

—La peor de las canalladas sería el abusar de una pobre loca, una niña infeliz, que no sabe lo que se dice.

—Es rica, y ningún daño pienso hacerle a ella.

—Está indefensa. Lo demuestra el hecho de que, a nosotros dos, nos ha enseñado el escondrijo donde guarda el oro y las joyas.

—Confieso que me disgustó tu presencia. Podrías intentar despojarla de sus bienes —rió el francés.

—Por pirata me tienen, y antes me cortaría el antebrazo derecho que robar a esa pobre muchacha. Tiene una historia triste...

—No me la cuentes. No me enternecerías. ¿Piensas que yo soy el loco? ¿Qué quieres? ¿Que llore a lágrima viva el cuento que me ensartes y te deje el campo libre para desvalijarla? Soy gato viejo, pirata. Yo la defenderé a ella contra ti. Te mataré si intentas la menor jugarreta contra ella.

Rió Lucientes con sincera alegría.

—Si ese es tu temor, está el asunto resuelto. Escucha, francés. Esta niña está bajo el tutelaje de un médico. Se ha escapado. Devolvámosla al médico que nos pagará espléndidamente...

—*¡Nenni!* —sonrió el francés.— En tu idioma puede traducirse por ¡narices! —Ella quiere que yo esté a sus órdenes y desde este

momento me considero bajo el honroso deber de no faltar a mi compromiso. Dos piezas de oro diarias para mí, una para cada uno de mis belitres, y posibilidades futuras enormes. Abandona toda idea de que yo devuelva a su corral esta gallina de huevos de oro.

Diego Lucientes púsose lentamente en pie. Señaló el cinto del francés.

—Tres pistolas, dos puñales, una espada y un bolsón de cargas. Dame un arsenal igual y te hablaré quizá con argumentos más sólidos.

—¿Sí? —y Truant Lambert retorcióse el mostacho afilado.— A mí no me ganas tú en jactancia, español.

De nuevo reprodujo fielmente el silbido del búho, y *Querelleur*, un cincuentón canoso, pequeño y enclenque, cuya larga espada arrastraba tras él, vino a colocarse al lado del parisino.

Truant Lambert designó con la barbilla a Lucientes.

—Entiende y habla el francés como tú y yo, *Querelleur,*

—Y *chanelo argot* como tú mismo *Reyertas* —dijo en francés Lucientes, traduciendo el apodo del segundo de Lambert.

—Un tipo que se las da de listo y original —dijo Lambert.— Quiero ser amable con él, *Querelleur*. Rebusca ropa de su talla entre el bagaje de alguno, y tráela con tres pistolas, un puñal y una daga. También una espada, y carga de pólvora. Un cinto. Aguardamos.

Al irse *Querelleur*, dió media vuelta al oír que Lucientes le decía:

—Si me trajeses guantes te besaría en la frente, Reyertas.

Rió Truant Lambert, y poniéndose serio súbitamente dijo:

—Tráele guantes, *Querelleur*. ¿Algo más, señor pirata?

—Por ahora, no. Gracias. Tu amabilidad me confunde, señor ladrón.

Truant Lambert barrenóse la sien con un largo dedo sucio.

—¿Hay epidemia? ¿Será contagiosa tu locura?

—Abandona la mordacidad, francés —dijo Lucientes pálido el semblante.— En el interior de aquella choza hay una mujer que fué la prometida del único hombre al cual yo he respetado en esta tierra. Él la supone muerta. Mejor quizá a que sepa que está loca y en poder de un bandido como tú.

Los ojos de Lambert relampaguearon.

—Apártala a ella de nuestra conversación, malandrín piojoso, pirata desafiante. Ella tiene oro. Yo no la induje a que se escapara.

Si está aquí es porque lo prefiere a estar en otro sitio. Yo a ella ningún mal le haré. Pero se me da una higa de tus cuentos.

*Querelleur* reapareció tirando a los pies de Lucientes un hatillo de ropa y un cinto tahalí recargado con armamento.

—Puedes irte, *Querelleur* —dijo Lambert.

—¿Te sirvo de testigo, Truant?

Diego Lucientes cubrió su torso desnudo con el jubón escarlata que le ajustaba bien. Colocó encima el cinto tahalí separando las fundas de las armas blancas e introduciendo entre el cuero y la tela los cañones de las tres pistolas.

Por último calzó los guantes de piel...

—No me hace falta testigo, *Querelleur*. Vete.

Aguardó unos instantes Lambert y añadió cuando ya el cincuentón había desaparecido por entre la arboleda:

—¿Qué? ¿Te sientes otro, pirata?

—¿Por qué te figuras que he pedido, sin esperanzas de que me fuera concedido, todo eso? —y palmoteó Lucientes sobre su cinto.

—Para completar la eficacia de tu antebrazo de hierro. Un ingenioso armatoste. Rondo los cuarenta, pirata. Desde mis quince años ando vagabundo, espada al cinto. He matado a muchos que querían matarme. Estamos ahora a una distancia de cinco pasos. Si empleas pistola, pistola desenfundaré. Si daga, lo mismo... Elige. Pero cité mis cuarenta años, para demostrarte que te gano en previsión. Leo en tus ojos de pícaro redomado el deseo de pasaportarme al otro mundo. Inténtalo, si quieres. ¿Sabes cual será el resultado?

—Un bandido menos en el mundo.

—Dos, pirata. Dos.

—Ya sé que andas mal de cuentas. Ella te dijo que fijases tus estipendios, así como los de tu reata de peleones. Señalaste una pieza por barba y día y dos para ti y, sin embargo, luego sumaste un total de dos mil.

—Pero en esa cuenta de ahora no me equivoco. Supongamos que yo te mato...

—Supongamos que no —y Lucientes desenvainó lentamente, imitado por el francés.

—Posible. Supongamos entonces que logras perforarme, ¿qué sucedería?

—«Se verá a ver» que dijo el ciego.

—Mis hombres te caerán encima. Suma: dos bandidos menos en la tierra. ¿Resta? Tu pobre defendida indefensa a la merced de cuarenta hombres, porque si bien fío en *Qurrelleur* como en mí mismo, no fío de los otros.

Mantuvo Lucientes enhiesta la hoja de su espada ante el rostro.

—Atiende, Truant Lambert. No quiero pelear contigo si puedo evitarlo, pero no puedo consentir que ella... ¡Repámpanos! ¿No es oro lo que buscas?

—Tengo la vaga sospecha que, en efecto, oro es lo que busco siempre.

—El tutor te dará lo que le pidas.

—O me hará meter en mazmorra por haber liberado a un pirata que iban a ahorcar.

—¡Yo te daré cuanto pidas!

—¿Tú? Tanta generosidad me abruma...

—Atiende. Soy rico. Tengo un bergantín en Burdeos y un castillo en Civry, en la ciudad de Angulema.

—¿Sí? Yo tengo un palacio de caramelo en el Cipay y un burro volador en la isla de Ceilán. Endílgame otro cuento, pirata. Hace tiempo que no me divertía tanto.

—¡Es desesperante!

—Lo que es desesperante es que llegues a suponer ni un solo instante que yo pueda caer en tus engañifas de pirata taimado.

Diego Lucientes abatió la hoja de su espada y su movimiento hizo que el francés se pusiera rápidamente en guardia.

Pero el madrileño envainó rabiosamente.

—Matarte nada resolvería, Truant Lambert.

—Tampoco me conduciría a sentirme satisfecho el agujerearte. Eres un bribón, español, pero... no me desagradas. Me hace el efecto de que eres valiente. Al menos la lengua la manejas sin miedo. Lárgate si quieres. He cambiado de parecer. Puedes irte.

—Ahí es donde te equivocas, Truant Lambert. Yo no me voy. Pienso convertirme en tu sombra. Donde vayas, iré.

—¿Te he dado permiso para ello?

—Me lo doy yo.

—¿Quién te respalda?

—Nadie. Y eso es lo bonito. No quiero que ella quede

abandonada.

—¿Ella? ¿O el hoyo...? Podría si quisiera hacerte matar. Podría si quisiera llevarte de nuevo al verdugo.

—No lo consentiría de buen grado, Truant Lambert. Prefiero tu compañía a la del verdugo.

—*¡Mordieu!* Tienes buena escuela. Si dominas la insolencia, ¿dominas también el arte de vivir sin dormir? Quiero indicarte con ello, que si se me antoja, cuando caigas rendido de sueño, fácil me será ordenar que te aten y te depositen cerca de la Plaza de la Cebada.

—He andado entre tantos bigardos redomados, hez de la gallofa y espuma de picaros, que cuando le echo el ojo encima a uno de ellos, casi puedo clasificarlo sin temor a equivocarme de mucho. Tú eres un bandido, Truant Lambert, pero un bandido con ciertos escrúpulos.

—¿Sí? Me interesaría saber cuál es el escrúpulo que yo tengo.

—Eres incapaz de felonía contra mujer indefensa.

—Quizá. Por lo que a ella se refiere, por ahora me contento con un mes de soldada. Y la defenderé... contra ella misma. Pero eso no es escrúpulo. Muchos hay que como yo, además de galantes, prefieren, como el perro del fabulista La Fontaine, la cadena un poco floja, el collar mal ajustado y la pitanza segura, a la libertad de los riesgos de la aventura sin alimento seguro. Me voy haciendo viejo, aunque *Querelleur* me considere un mozuelo atrevido y juguetón. Pero ¿qué otro escrúpulo has logrado encontrar en mí?

—No eres un asesino ni un delator. No me atarás estando yo dormido. Y podemos ver si es verdad. Tengo sueño. Estoy también fatigado. Mañana cuando despierte, veré si me he equivocado.

—Duerme con un solo ojo, compañero.

—Siempre duermo intranquilo. Costumbre antigua de cuando me perseguían los acreedores taberneros.

Tendióse Lucientes al pie del árbol, dando frente a la choza.

Truant Lambert le imitó a cinco pasos de distancia, arropándose en la capa que quitó del arzón de su caballo.

Era una capa ancha forrada de piel de cordero. Trabajosamente la fué rasgando en dos trozos con su afilada daga.

—¿Oíste hablar de San Martín tú que pareces un mozo educado?

—Poco versado estoy en cosas sacras, pero creo que fué el que

dió la mitad de su capa a un mendigo.

Arrojó Lambert la mitad de su capa al madrileño.

—Quizá con el calor cierres los dos ojos, y despiertes entre los amorosos brazos del verdugo. Pero olvida a San Martín. Nada tenía de común conmigo y... —el francés antes de tenderse hizo una reverencia burlona— vos, no sois un mendigo, gran señor, ya que tenéis bergantín en Burdeos y castillo en Civry. Sueña con ellos, pirata piojoso.

Sonrió Lucientes, arropándose en la media capa.

—Si la envidia fuera tiña, francés, te rascarías sin cesar.

—¿Envidia? No sé lo que es eso. ¿Acaso envidia de ti?

—Si tuvieras un castillo y un bergantín... En fin, tengo sueño. Al canto del gallo, francés, sabré si me he equivocado.

—¿No estás cierto en dónde ancla tu castillo y en qué cimientos reposa tu bergantín? Yo pensaré antes de dormirme en cosas más sólidas...

—¿Por ejemplo?

—En la aventura de la dama que tejía flores. No me gusta su antifaz. Le sugeriré uno más reducido, tejido de margaritas. Es mi flor preferida. Buenas noches.

—Serán según amanezcan...

Frente a frente, los dos hombres cerraron los ojos. De vez en cuando, la pupila parda se concentraba en el larguirucho francés...

Y una pupila negra, bajo cejas arqueadas mefistofélicamente, respondía a la muda vigilancia.

Por fin, Diego Lucientes emitió un ronquido sincero... Pero su diestra se engarfiaba alrededor de la culata de una de sus tres pistolas y la mano de hierro rodeaba fuertemente otra culata...

Por dos veces, Truant Lambert revolvióse y musitó:

—¿Quién es peligroso para quién? ¿El para mí o yo para él? El tiempo dirá...

Cerró los ojos y poco después dormía. Pensaba que el pirata español, si bien era un bribón, no era de los que matan a un hombre dormido...

# CAPÍTULO II

### La aventura del falso rescate

Un gallo cantó anunciando el despuntar de la aurora. Diego Lucientes balbuceó palabras incomprensibles, encogiéndose aun más en el interior de la media capa.

Cuando por fin logró vencer la modorra de adormilamiento, ya el sol atravesaba oblicuamente las copas frondosas de los árboles, recalentando sus entumecidos miembros, ateridos por la intemperie de la fresca noche sevillana y la dureza del suelo.

Incorporóse a medias, apoyándose en los codos, y entreabrió los párpados para localizar el largo cuerpo tendido que le había hecho frente a una distancia de cinco pasos.

El silencio profundo y la ausencia de Truant Lambert le acabaron de despejar rápidamente. Se puso en pie, ajustándose el cinto, y mirando a su alrededor, hasta que le tranquilizó la visión por entre la arboleda de caballos y mercenarios, algunos de los cuales cocinaban en pequeñas hogueras improvisadas.

Divisó entre matorrales la alta y flaca figura del hombre del rostro diabólico, y dirigiéndose hacia allí, dominó una sonrisa al ver la labor a la que se dedicaba el parisino.

Truant Lambert llevaba entre los dientes un largo hilo blanco rematado por una aguja, y se inclinaba de vez en cuando para recoger margaritas silvestres.

Pequeñas florecillas que introducía por el corto tallo en un retal de tela fina, de pequeñas dimensiones a cuyos dos lados pendían dos lazos azules.

—Sí, no, sí, no... Me quieres, no me quieres. ¿Tan pronto consultas el horóscopo amoroso, Truant Lambert?

El interpelado no se dignó contestar. Frunció solamente los

labios, enderezando con ello aun más las guías enhiestas de su bigote. Siguió insertando margaritas en el pedazo de tela transparente, que iba tomando la forma de un antifaz de reducidas dimensiones.

Dos arcos de florecillas en círculo. Quitóse el parisino el hilo de la boca, y con diestros y rápidos ademanes fué cosiendo otra tela igualmente fina y de tejido transparente detrás del original antifaz y que tenía también idénticos orificios circulares.

—Escena idílica y hogareña. *Madame* Truant Lambert cose pañalitos para su hijito —dijo el madrileño mordisqueando un tallo de hierba jugosa.

Encogióse de hombros el parisino, rezongando murmullos.

Rompió con los dientes el resto de hilo, y dejó colgando de uno de los botones de su casaca el diminuto antifaz suspendido por uno de los lazos.

Prendió la aguja en el revés de la vuelta de su manga, y sólo entonces pareció ver a Diego Lucientes.

—Hola. ¿Te despiertas siempre sintiéndote gracioso, pirata?

—Consecuencia de mi carácter inconsecuente es no persistir largo tiempo en apreciar los acontecimientos desde su cariz trágico. He decidido adaptarme a las circunstancias.

—La piedra es buena consejera nocturna, aunque a juzgar por tus ronquidos, poco tiempo dedicaste a la meditación. ¿Y qué has decidido?

—Seguir los avatares que Ángeles de Amor corra. Me incumbe el velar por ella. He de hacer cuanto pueda por conseguir que regrese donde le pertenece. O sea, bajo la tutela del médico que de ella cuidaba.

—La consultaremos. Es hora ya de desayunar. Vino caliente y galleta seca para remojar. ¿Tu bocaza delicada resiste este vulgar condumio?

—En el fondo, deseo que se resuelva esta situación sin que tengamos necesidad de apuñalarnos mutuamente, Truant Lambert.

Apareció *Querelleur*, quien deslizando una mirada poco amena en dirección a Lucientes, habló en francés:

—Cumplida tu orden, Truant. Han llevado ya a la choza, en cuya puerta lo han dejado, un jarro de leche caliente y hogaza tierna de pan dulce.

—La señora tiene un paladar más refinado que nosotros —pareció excusarse el parisino.— Además debo cuidar de ella. Es la patrona. Busca un jarro de metal para el pirata. Vino sin su equipo. Le descontaré sus adquisiciones del sueldo que perciba si insiste en ponerse a mis órdenes. Puedes irte, *Querelleur*.

En pie frente a Lucientes, que desayunaba con fruición, devorando galleta tras galleta y sirviéndose de la gran caldera colgada sobre el fuego de leños jarrillo tras jarrillo de vino, el parisino examinaba el cielo de vez en cuando, mientras remojaba la reseca galleta en humeante vino.

Al fin, secóse la boca con el revés de su manga y fué a colgar el jarrillo en el arzón de la silla de montar.

—Empieza una nueva vida —murmuró.— Y creo en los presagios. No hay la menor nube en el horizonte. Se anuncia un futuro próspero... donde el único nubarrón eres tú, pirata. Tendré que ir pensando en la mejor solución que será la de retarte a duelo.

—¿Por qué? —y el madrileño, reconfortado por el condumio, palpóse el estómago satisfecho.— Por una pieza de oro diaria, con la que pagaré el caballo que necesito, engrosaré tu tropa de mercenarios.

Truant Lambert, sin responder, dirigióse hacia la cabaña, seguido por Diego Lucientes. Ante el umbral, el parisino destocóse.

—¿Dais vuestra venia, señora?

—Puedes pasar, Lambert.

Ángeles de Amor estaba junto a la puerta. Al entrar los dos hombres su índice señaló el antifaz que colgaba del botón de la casaca de Lambert.

—Es bonito. ¿Para mí?

—Para vos, señora —asintió Lambert tendiéndole el minúsculo antifaz que ella sostuvo entre sus dos manos.

—He pensado que vestida como vais y con el espeso mascarón, de flores podríais suscitar curiosidades. En cambio ninguna curiosidad puede levantar el paso de una dama con un pequeño antifaz. Es costumbre muy usual.

—Ese vestido negro lo cogí en la sala cercana a la corraliza del jardín. Pero no me gusta. Salid los dos. Os volveré a llamar cuando me haya quitado esta ropa que cubre mi vestido y haya cambiado mi antifaz.

En el exterior, Truant Lambert alejóse varios pasos.

—Era un crimen privarme de ver un rostro hermoso. Porque... supongo que ella será hermosa, ¿no?

—La pureza de una niña que es mujer sin saberlo. Eres galante, Lambert.

El rostro del parisino adquirió un acentuado matiz diabólico, al mover las cejas, que se arquearon encima de sus pupilas brillantes, menudas e intensamente negras.

—Tú has roncado esta noche. Yo he pensado. Esta infeliz criatura que se llama Ángeles de Amor, será un ángel y necesita amor. El amor de un esposo que de ella cuide. ¡Yo! Esta será mi gran aventura final.

—Cierto. Sería tu aventura final. No me has cogido de sorpresa, Lambert. Algo barruntaba de tus propósitos.

—Te permitiré ser mi padrino... pero no mi rival. Estimo que será una obra benéfica dar tutelaje, amparo y defensa de marido a Ángeles de Amor.

—Y salvaguardia a sus caudales, ¿no es así?

—Toda buena acción ha de ser recompensada. Pero no divaguemos, pirata. Te podré haber causado la impresión de ser muy condescendiente contigo. No te equivoques. Por el instante me diviertes. Cuando ceses de divertirme quizá te demuestre que soy muy distinto a como me crees. Lo cierto es que de ahora en adelante se cumplirá tu deseo. ¿Quisiste ser mi sombra? Quedarás satisfecho... Puedes considerarte preso. Sólo cesarás de importunarme con tus desplantes, cuando yo decida que ya has vivido lo suficiente.

—Un panorama encantador, arrogante mancebo deseoso de casarse.

—¡Truant!

La voz femenina sonó clara y sin velos. Era melodiosa e infantil... Ángeles de Amor, rodeadas sus pupilas azules por los círculos alargados de las margaritas silvestres, al aire sus espléndidos cabellos castaños, y desprovista de sus ropajes amplios, aparecía encantadora en el contraste de su rostro de niña reflexiva, y su cuerpo estatuario de mujer.

El vestido azul, tenía en su corpiño una franja de encajes que encuadraba el nacarado escote. Un chaleco de adorno de suave piel

amarilla completaba su atavío...

Truant Lambert hincó la rodilla en tierra y asió una de las manos desnudas sobre la que apoyó sus labios.

—Señora: soy vuestro rendido servidor, dispuesto a cumplir cuanto le ordenéis.

—Ordenadle que se despeñe eligiendo la más alta de las rocas.

La frase de Lucientes hizo ponerse en pie al francés, que fingió una sonrisa.

—El aventurero pirata que vos salvasteis, señora, pretende ser gracioso. Pretende también entrar a vuestro servicio.

—Dispuesta estoy a dar refugio a cuantos aventureros sean perseguidos por la cruel justicia que roba felicidades...

Pasóse ella la afilada mano por la frente, como para borrar una idea obsesionante que no lograba definir.

—Había talegas —dijo de pronto señalando hacia atrás. Encima de la mesa, tres sacos repletos dejaban adivinar entre sus mallas el áureo metal que contenía.— He contado cuatro mil monedas, Lambert. A ti y a tus hombres os quiero demostrar que mi generosidad irá en aumento, si seguís obedeciéndome. Pero debes ponerte en camino, Lambert, después de pagar a tus hombres y colocar en tu bolsa el sobrante.

—Indicadme qué camino debo emprender, señora —dijo el parisino mientras quitándose la media capa envolvía en ella los tres sacos, que en hato improvisado se colgó al hombro, avanzando el busto bajo el peso.

—Debes salir en busca de la aventura. Esta cabaña será mi cuartel general. Cuando se presente el salvamento de un aventurero, al que la justicia haya prendido, vendrás a comunicármelo. O si el tiempo apremia, obra por tu propia iniciativa. Podéis retiraros.

—A vuestros pies, señora.

Dirigíase Lambert hacia la puerta, pero se detuvo al ver que Lucientes avanzaba hacia la prometida de Carlos Lezama, el Pirata Negro.

—Quisiera hablaros, señora —dijo el madrileño con voz persuasiva y cariñosa.— ¿No me reconocéis?

—Eres el pirata aventurero que iban a ahorcar ayer tarde.

—Soy el hombre que os fué a buscar al pueblo del Tomelloso. Recordad... Haced un esfuerzo, señora. Vos quisisteis a un hombre...

Un caballero que os salvó en un lejano desierto... ¡Pertenecéis a Carlos Lezama! ¡Carlos Lezama!

—Vete —susurró ella.— Cuanto dices es mentira. Yo soy «Antifaz de Flores»... Llévatelo, Lambert.

El puñal del parisino hincóse en el costado de Lucientes, con la suficiente fuerza para que el madrileño diera un respingo.

—Obedece a «Antifaz de Flores», pirata.

Abatió Lucientes ambos brazos a los costados, apartándose de la punta del puñal. En silencio salió, y fué a sentarse adosado al tronco de árbol que daba frente a la entrada de la choza.

Truant Lambert a varios pasos de distancia, extrajo de la media capa dos bolsones, que arrojó al suelo. Fué a colgar el otro del arzón de su caballo, envolviéndolo y disimulándolo con la capa.

Regresó al centro del pequeño prado, y su voz aguardentosa y ronca clamó:

—*¡Querelleur!*

El menudo y enclenque cincuentón apareció por entre la arboleda.

—Obedeciendo instrucciones de «Antifaz de Flores», que es la que alquila nuestros servicios, me pondré en camino con veinte de mis belitres. Te llevarás esas dos bolsas, cuyo contenido distribuirás en partes iguales entre todos. Es la soldada de un mes. Con los veinte restantes vigilarás este paraje, y por encima de todo velarás para que nadie entre en la choza. Si ella quisiera irse, acompáñala, y hazle comprender que debe regresar a la choza, ya que es el cuartel general que ella misma ha elegido. Otra cosa, *Querelleur*. Este pirata vendrá conmigo. No lo quiero dejar aquí. Si volviera el solo, recíbelo a pistoletazos hasta cerciorarte de que está definitivamente liquidado.

—Orden que cumpliré muy a gusto, Truant —dijo ceñudamente *Querelleur* mientras recogía las dos bolsas y se alejaba.

—Simpático tu nodrizón, Lambert.

—Olfatea al bribón desde muy lejos.

—Tiene el olfato acostumbrado a olerse y olerte. Bien, según he oído te dispones a llevarme como escudero. ¿Puedo encaminar tus pasos hacia una aventura provechosa?

—Puedes hablar. Siempre me distrae contemplar los cepos que se tienden a los zorros.

—Palabra de granuja que ahora no hay cepo. Dejé dos asuntos sin resolver en Sevilla. ¿Tú crees en la conciencia, Lambert?

—Es la palabra que tienen siempre en los labios aquellos que ignoran su significado. Para mi uso particular, estimo que la conciencia es como una comadre chillona, con la cual siempre llegamos a un acuerdo, porque la dejamos rezongar y hacemos lo que se nos antoja.

—Es posible que así sea. Pero si lo que esta comadre gruñona nos sopla, no representa un gran sacrificio, podemos dejarla contenta. Tú tienes que demostrar que no robas la soldada que te paga «Antifaz de Flores».

—¿No pensarás que iré de cadalso en cadalso cortando sogas imprudentemente?

—¿Por qué no? ¿Acaso no es lo que te ha indicado ella?

—La infeliz está loca. ¿La oíste hablar de su «cuartel general»? Me recuerda a una niña que quería jugar a ser la amante de un pirata. El pirata entonces era yo. Ocurría en una granja normanda, y me presté de buen grado al juego. Mentirijillas piadosas...

—¡Hipócrita! En el presente caso tu piadosa ternura tiene por altar las riquezas de Ángeles de Amor.

—¿Quién es Ángeles de Amor? No conozco a tal señora. Hablabas de encaminar mis pasos... en espera de que yo encamine los tuyos hacia la tumba.

—Voy a contarte uno de mis cuentos. Figúrate que en Cádiz conocí a una hermosa muchacha. Era la hija del presidente de la Asociación Antipirática. Tuve unas palabras con el padre, por divergencia de opiniones, y lo encerré en una de sus habitaciones. La hija se brindó a acompañarme como guía...

La risita del francés, hizo crispar el puño derecho a Lucientes.

—Tregua a los juegos piratas en granjas normandas, Lambert. Carmen Robles es honesta..., pero adolecía del vehemente deseo de vivir románticas escapadas.

—¿Sus labios eran románticos?

—No los besé... ¡Porque, maldito sea yo, tengo conciencia!

—No me digas...

—Atiende, Lambert. Aseguraste que respetabas a la mujer honesta.

—Tanto es así que pienso ofrecerle mi fuerte mano protectora a

«Antifaz de Flores». ¿Por qué si tenías escrúpulos de besar a la soltera Carmen Robles, no la hiciste tu esposa? ¿Acaso ella está ya casada?

—No. ¡El que está casado soy yo! Y ella no lo sabe...

—Abundas en imaginación, pirata. ¿Qué pretendes ahora?

—Su padre no sabe que ella vino de buen grado conmigo. Supondrá que la rapté. Démosle la razón. Puedes ayudarme y a la vez complacer el afán redentor y equivocado de «Antifaz de Flores» cuyo pobre cerebro erró el camino. Devuelve a Carmen Robles a su padre. Él te pagará. Dile que me diste muerte, rescatando a su hija de mis infames brazos.

—Hermosa artimaña. El padre reside en Cádiz... Yo voy con mis veinte hombres a aquella ciudad, y tú como estás muerto, te apartas... Me copan a mí y a mis hombres, y mientras tú te las arreglarías para hacer apresar a *Querelleur* y los otros veinte, y volver a enjaular a mi linda paloma.

—No tengo temple de traidor, Lambert. Debiste darte cuenta de ello.

—Todos antes de ser algo, somos otra cosa. De todos modos ahí están mis veinte belitres aguardando ya montados. Elige uno de los caballos que ahí están. La parte que te corresponde de la soldada, daré orden de que la dividan en dos porciones. Una para mercar nuevo caballo, otra para tu manutención y bebida y los gastos de equipo.

Poco después, Diego Lucientes montado a caballo, conducía su montura por el sendero, en pos del caballo de Lambert. En la carretera Truant Lambert le tendió un gorro de lana.

—Tus cabellos son detonantes, pirata. Húndete hasta las orejas el gorro. Es medida de precaución. Prefiero ser un hombre pacífico mientras pueda. Y hay muchos soldados buscándote por ahí.

—Te evitarías todos estos enojos, dándome muerte. ¿Por qué no lo haces?

—Lo haré antes de lo que te figuras. Tan pronto observe en ti la menor intención de hacerme objeto de una piratería marrullera. Vigila tus palabras y tus pasos. No fío de tu seso, y si crees que llamando la atención sobre ti lograrás que «Antifaz de Flores» vuelva a la jaula del médico, desengáñate.

Diego Lucientes ocultó sus cabellos bajo el gorro de lana

parduzca, y bota contra bota del francés, puso su caballo al trote, imitando el espolear de Truant Lambert.

—¿Dónde está tu linda amada?

—Nos informará Rocío Mairena, la mesonera de la Cruz del Campo.

—Si mientes, tú serás el primer perjudicado. Si no es así, quizá pueda ganarme un «plus» de soldada, devolviendo a un padre afligido una hija raptada.

—Sabía que si no oías la voz de la conciencia, no serías insensible al tintineo del oro. Sigue mis consejos... y podrás comprarle pronto un castillo.

—¿Con rejas y un verdugo esperando?

Picó al galope Lambert, y tras él el escuadrón de veintiún hombres formó uno más de los tantos ejércitos deambulantes por el suelo español.

Divisóse pronto el rústico altar bajo el que se erguía una cruz.

Distaba aun la posada un centenar de metros, cuando hizo alto Truant Lambert, que desmontando, cogió su caballo de las riendas.

—¡Pie a tierra! —ordenó en francés.— Nos iremos aproximando a la posada y si en ella hay exceso de fuerzas españolas, daremos media vuelta. Si no, entraré en ella con el español. Vigilad los contornos, que yo ya vigilaré a éste.

La posada a cual se iban acercando silenciosamente, aparecía desierta. Del establo no brotaba ningún relincho, y en el patio delantero tan sólo había una criada regando abundantemente el suelo empedrado.

Cuando vió a los jinetes que se acercaban, dejó el cubo de madera en el suelo, y de pronto, fijándose en el alto sujeto cubierto con un gorro de lana, chilló despavorida:

—¡Doña Rocío! ¡Doña Rocío!

—¿Empiezan ya las sorpresas? —rezongó Lambert entregando las riendas de su caballo a uno de sus hombres.

Diego Lucientes ató las del suyo a la barra del abrevadero.

—Soy conocido en esta posada. Doña Rocío es la dueña. Una buena mujer...

—Apetitosa, si es la que se aproxima corriendo como si la persiguieran. Fresca cual una manzana sazonada... —y Truant Lambert, descaradamente, detalló con minuciosidad a la mujer que

deteniéndose ante Diego Lucientes llevábase las dos manos gordezuelas hacia los temblorosos labios...

—¿Sois vos, señor? ¿Vos?

—Creo que sí, mi buena Rocío.

—No quería creerlo cuando vino a decírmelo Anita. Estoy casi sin voz, señor... y tengo ganas de echarme a llorar.

—Costumbre tuya que no quieres abandonar. ¿Puedo solicitar una copita de aquel vino añejo que guardas para las grandes ocasiones? Te presento al caballero espadachín *monsieur* Truant Lambert...

Rocío Mairena hizo una reverencia mientras Lambert, atusándose el bigote, declaró:

—Cuando termine mi misión, Rocío, consideraré oportuno alojarme por unos días en vuestra casa.

—Donde seréis acogido como huésped de honor... ¡porque vos sois el caballero que salvó al señor Lucientes! Yo lo presencié y...

—¿Entramos, Rocío?

Y Lucientes avanzó hasta entrar en el vestíbulo, donde quitóse el gorro de lana que colgó en su cinto.

Rocío partió corriendo anunciando que iba en busca del vino solicitado.

—¿Hay trampa hasta ahora, Lambert? —preguntó Lucientes sentándose.

—Al menos en ella, no —y dibujó el francés curvas en el aire.— Todo es real.

—Vas a probar el mejor de los vinos. Suave, dulce, encantador, inofensivo como los labios de una doncella fea.

Rocío Mairena depositó el frasco encima de la mesa. El frasco polvoriento que contenía el mosto añejo, del que dos copitas embriagaban al más resistente bebedor.

—Traed copa grande —dijo Lambert.— Tengo sed...

Ella iba a replicar, pero obedeció al gesto de Lucientes, y regresó con una copa de tamaño triple que las otras.

Diego Lucientes escanció un dedo de vino en una copita tendiéndolo a Rocío.

Sirvióse una copa, y pasó el frasco a Lambert, que escanció en la suya, una generosa cantidad.

—Por tu bondadosa acogida, Rocío —dijo el madrileño

levantando su copa en alto.

Truant Lambert bebió un sorbo, chasqueó la lengua contra el paladar, y depositó la copa encima de la mesa.

—Néctar de dioses del Olimpo dijo sonriendo mefistofélicamente. Pero ellos tenían una cabeza de piedra. La mía es de sesos, y si he llegado a los cuarenta años, es porque reconozco a una mujer peligrosa cuando la veo, y huyo del vino traidor cuando lo cato. ¿Pretendías acaso embriagarme, pirata?

—Tú fuiste quien pidió copa grande. Y tienes cuarenta años. Por lo tanto no quise ofenderte advirtiéndote del peligro de ese vino, inofensivo cuando se bebe en pequeñas dosis...

—¡Diego!

El grito sobresaltó a Truant Lambert, que aplicó velozmente sus dos manos al cinto poniéndose en pie.

Aquietóse al ver que quien entraba en la sala y era la autora del agudo grito no era otra que una hermosa muchacha, de morenos rasgos.

Carmen Robles sólo miraba al hombre hacia el que avanzaba, que intentó dar un aire de seriedad a su semblante truhanesco.

—Vine a buscarte, Carmen.

—Por eso aquí me quedé, Diego —murmuró ella con voz temblorosa.— Rocío y yo desde un balcón de la Plaza de la Cebada estábamos presentes cuando... cuando este caballero irrumpió a caballo salvándote de una muerte cierta. Yo fuí la que echó una rosa roja... mi corazón iba en ella.

Truant Lambert hizo una reverencia, colocándose dos dedos en los labios delgados.

—Bien vale la pena sufrir la cercanía del verdugo, señora, si una gentil dama como vos, tiene la delicadeza de...

—Aquí hablo yo, francés —atajó Lucientes.— Tus galanterías guárdalas para tu futura esposa. Dije que vine a buscarte, Carmen, porque... has de volver junto a tu padre —y precipitadamente añadió el madrileño:— ¿Tienes a bien, Rocío, ir a ver si estoy por el piso de arriba?

La mesonera abandonó el vestíbulo, seguida por la mirada hambrienta de Truant Lambert.

Carmen Robles entrelazó ambas manos en un evidente esfuerzo para dominarse.

—Persistes en humillarme y esta vez delante de un testigo.

—Actuad, señora, como si no estuviera presente —advirtió Lambert.— Y si el pirata os resulta incorrecto, notificádmelo, que delante mío no tolero que ningún hombre…

—Lo acabarás de decir mañana, francés. Yo quiero que comprendas una cosa, Carmen. Mi estancia en Sevilla no es recomendable, porque andarán deseosos de dar conmigo. Por lo tanto, adivinarás que mi confesión ha de ser grave, cuando de nuevo ando por estos lugares. Un día te dije que cuanto más cerca te tenía más lejos estabas. Quería con ello significar que no puedo aspirar a que… a que compartas la inclinación que hacia ti siento, porque es imposible. Hay una razón cuya obvia gravedad lo impide.

—¿Esta razón se llama Encarnación Castro? —dijo ella chispeantes los ojos de cólera.

—Soy hombre casado.

La breve declaración de Lucientes produjo en Carmen Robles un repentino aquietamiento. Con dificultad, logró formular una pregunta:

—Si así es ¿por qué no me lo dijiste antes?

—No tengo por qué pregonarlo… hasta que no considere llegado el momento oportuno.

—¿Intervengo, señora? Acaso este malandrín piojoso os dió palabra de casamiento, estando ya casado?

—¿A ti quién te da luz en este sepelio? —inquirió Lucientes satisfecho de hallar alguien en quien desahogar su íntima desazón.

Carmen Robles colocóse entre los dos hombres, con gesto de infinito cansancio.

—Puedes ya marcharte cuando quieras, Diego Lucientes. Pero en lo sucesivo, recuerda siempre que eres hombre casado, antes de lanzar piropos a balcones de solteras. No te guardo rencor porque en gran parte la culpa fué mía. Bien a las claras, tu rostro habla de despreocupación y desvergüenza. Puedes irte ya, Diego Lucientes…

—Me queda un deber que cumplir después de haberte confesado que no podía aspirar a tu amor.

—Hacia mí ningún deber tienes. Olvidaste el principal…

—Está tu padre. Le harías la vida imposible en aquel villorrio de murmuradores, si regresaras sola. He imaginado la solución más indicada para resolver satisfactoriamente tu vuelta al hogar sin que

la menor sombra ni hálito de murmuración empañe tu honestidad cabal.

—Yo sé quien soy, y no se me importa de los comentarios.

—Permitidme intervenir, señora —dijo Truant Lambert.— Por una vez, me parece que el español pirata habla con cierto decoro y sensatez. Mi experiencia me impulsa a aconsejaros en bien de vuestro padre, que atendáis a lo que desea sugeriros Diego Lucientes.

—El caballero Lambert expone con meliflua exquisitez el meollo de mi sugerencia, Carmen. El te acompañará hasta Cádiz, y empleará galantemente una mentira con finalidad útil. La de decirle a tu padre que te rescató de mis venenosas garras...

—Yo vine contigo voluntariamente. Pese a todo, no quiero que te acusen de un rapto inexistente.

—No te detengas ante tan baladí consideración. Colgado por diez o colgado por mil, da lo mismo. Yo os acompañaré hasta Cádiz, y una vez allí, el caballero Truant Lambert, que de caballero tiene el magnífico caballo, resolverá satisfactoriamente para todas las partes, este enojoso incidente que hoy daría cualquier cosa por no haber suscitado.

—Mis primos pusieron a mi disposición una carroza. Rocío puede hallar postillón de alquiler.

Y sin más comentarios abandonó Carmen Robles la estancia. Media hora después, calándose de nuevo el gorro que encubría sus rojos cabellos, Diego Lucientes despedíase de la mesonera, cuyos picos de delantal entraron en funciones, empapándose de llanto.

Formóse una comitiva, dividida en dos grupos. Diez jinetes al frente precediendo a la carroza que conducía a Carmen Robles y otros diez a retaguardia.

A ambos lados de la carroza, galopaban Lucientes y Truant Lambert. En Jerez de la Frontera dieron descanso a los caballos, y mientras Lucientes a escasa distancia de la carroza, sentábase en la terraza del mesón para refrescarse bebiendo el helado vino comarcal, Truant Lambert acodóse en la ventanilla de la carroza tras ofrecer a Carmen Robles el agua que ésta había pedido.

—A efectos de dar mayor veracidad a mis asertos, señora, no os formalicéis si cercanos a Cádiz, hago maniatar de mentirijillas al pirata.

—Tantos fingimientos no me agradan, señor.

—Os evitarán futuras molestias. Confiad en lo que os digo, dictado por mi larga experiencia en semejantes lides.

Reanudóse la comitiva, y oscurecía ya cuando dieron vista a las extensas marismas. Sin el menor recelo, vió Lucientes cómo Truant Lambert adelantábase y alcanzando a los que iban en cabeza, hablaba unos instantes con ellos.

Repitió en sentido inverso la misma operación hablando con los que iban a retaguardia. El madrileño consideró tal maniobra, como simple medida de precaución ante la proximidad de la ciudad gaditana.

Al regresar Truant Lambert puso su caballo al trote junto al del madrileño.

—Se respira ya la fresca brisa del mar —comentó.

—Consecuencia muy lógica de la cercanía del mar. Supongo que tu afán de cancerbero no llegará hasta el extremo de desear que yo presencie tu entrevista con el padre de ella. No es que tema las injustas iras del señor Juan Robles, honesto secretario de la Asociación Antipirática, sino que estimo que siendo cadáver no tengo derecho a tener voz ni voto en dicha conversación. Tus hombres podrán vigilarme ampliamente ya que no pienso en modo alguno escapar, mientras no arregle los dos asuntos que aún me quedan pendientes en Sevilla.

—¿Dos? Vuelves a estar en error de matemáticas. Uno era el asunto que ahora finiquitará. El otro tu particular querella con don Juan de Tassara.

—Y el más importante, evitar que una pobre demente sea juguete de tu codicia.

—Te estás colocando en una tesitura insoportable, y lamento...

No terminó su frase el francés. Con rápido movimiento, favorecido por la penumbra, rodeó la boca de Lucientes con un pañuelo anudado en mordaza mientras dos jinetes que habíanse aproximado, acudían a sujetar por los brazos al que cogido por sorpresa, vióse en un santiamén amordazado y sujeto de manos y tobillos al propio caballo que montaba, y cuyas riendas condujo uno de los jinetes que habían colaborado en la veloz captura.

—Bien. Ahora puedes oírme sin que me moleste tu rechifla de mosquito zumbón —dijo Truant Lambert cabalgando bota a bota

con el prisionero.— No me negarás que en este estado, lo que le explique a don Juan Robles estará impregnado de una gran veracidad.

Diego Lucientes sacudió vigorosamente la cabeza. Persistió en su ademán señalando hacia la carroza.

—¿Ella? Está de acuerdo. Se lo advertí. Por eso no ha manifestado la menor alarma. Tengo barruntos de que has encaminado mis pasos en forma admirable. Por de pronto, como soldado de fortuna que soy, aceptaré cuanta recompensa quiera darme don Juan Robles por el rescate de su hija. Si se olvida de tal obligada generosidad, se lo recordaré delicadamente. Después, cesarás de ser un estorbo para mí. Hay carteles que anuncian una fuerte recompensa por tu captura. Te las entenderás con el verdugo de Cádiz. Magnífica esa aventura del falso rescate. Doblemente productiva en el aspecto monetario. Y lanzaré un gran suspiro de alivio cuando me libre de tu cargante compañía. Le diré a Ángeles de Amor que en esta aventura caíste luchando... Eso es romántico, y me hará crecer ante sus ojos.

Desistió Lucientes de intentar liberarse. Los mercenarios habían demostrado que conocían a fondo la ciencia de inmovilizar sólidamente un hombre en su propia montura.

Entraba ya la comitiva en las calles de Cádiz. La propia Carmen fué indicando al postillón la dirección a seguir, y poco después deteníase la carroza ante el domicilio de Juan Robles, secretario de la Asociación Antipirática.

Truant Lambert, después de cerciorarse de que sus hombres rodeaban al amordazado prisionero, desmontó para ofrecer su brazo a la gaditana.

Ella, sin una mirada al que suponía en aquel estado por plan preconcebido de antemano con el francés, golpeó el picaporte.

La calle desierta y en penumbra iluminóse al abrirse la puerta. Una vieja criada recibió con exclamaciones incoherentes a la recién llegada, que entró acompañada por Truant Lambert.

—Sugiero, señora, que os recluyáis en vuestras habitaciones mientras yo sostengo una conversación preliminar con vuestro padre. Ahora, una entrevista, podría suscitar erróneos comentarios en la autoridad paternal. Id, y ordenad a la doncella que despierte al señor Juan Robles, anunciándole mi visita. Que domine su

agitación, y no le diga nada de vuestra llegada.

Instantes después, en el salón donde aguardaba Lambert, entraba el canoso secretario de la Asociación Antipirática.

Vestía una bata forrada, y examinó sin amenidad al visitante.

Truant Lambert púsose en pie, con cortés saludo.

—Truant Lambert, soldado de fortuna, os saluda, señor Juan Robles.

—¿En qué puedo serviros a horas tan tardías?

—He tenido la dicha sin igual de dar con el paradero de vuestra hija Carmen.

Mesóse la barba el gaditano, fruncido el espeso entrecejo.

—Oí de labios del pirata que la raptó la jactancia de su hazaña. Yo podré ser un pobre soldado sin medios de vida ni riqueza, pero conservo incólume mi respeto a la lealtad y a los honrados procederes. Al oír la impudencia con la que el pirata manifestaba su nefasta acción, me acometió una justa ira, y aunque trabajo me costó, logré vencerle y apresarle.

—¿Mi hija? —suplicó impaciente Juan Robles.

—Fatigada, ha ido a recluirse en sus habitaciones, donde aguarda vuestro abrazo de bienvenida.

Iba Juan Robles a precipitarse fuera del salón, cuando dió media vuelta tendiendo sus dos manos:

—¡No sé con qué palabras expresaros mi agradecimiento!

—No las busquéis. Comprendo vuestra impaciencia por estrechar entre vuestros brazos a la hija rescatada. Cuadro que será enternecedor y que lamento no presenciar, pero me urge ir a entregar a las autoridades al bellaco malandrín piojoso de pirata.

—Si sois un caballero soldado, no andaréis seguramente bien de fondos. ¿Os ofenderá que os ofrezca una justa recompensa?

—Si insistís...

Juan Robles sentóse ante una mesa y garabateó en un papel con trazos nerviosos, firmando. Espolvoreó con ceniza el escrito.

—Es una carta de pago contra mi casa de Banca. Al portador le darán efectivas tres mil onzas de oro.

—Mis deberes me obligan a partir hacia Sevilla tan pronto entregue al pirata.

—Tomad esta carta de pago sin remilgos. Cualquier casa de Banca de España os la hará efectiva. Administro muchos bienes e

intereses y mi firma es reconocida por doquier. Os reitero mi agradecimiento, señor, por vuestra generosa acción... Y no quiero echarle la vista encima al pirata, porque... quizá no me contendría...

—Comprendo, comprendo, señor. Quedo a vuestros pies, y besad en mi nombre la mano de vuestra encantadora hija, flor de sensatez y honestidad. Buenas noches. Quedo vuestro agradecido servidor.

En la calle, Truant Lambert entregó las riendas de su caballo a un jinete.

—Meted al mozo en la carroza. Iremos más cómodos, él y yo.

Con diestras precauciones en evitación de los puntapiés que intentaba asestar Lucientes, tres mercenarios lograron introducirle en el interior de la carroza, maniatado y juntos los tobillos por recia cuerda.

Truant Lambert vino a sentarse junto al prisionero. Le examinó ladeando la cabeza, más parecido que nunca a un gato cruel...



*Truant Lambert vino a sentarse junto al prisionero...*

—Bendigo la hora en que tu existencia, por caminos indirectos, me puso en el camino de la fortuna. Si te hubiese matado cual fué

mi primera intención, hubiese cometido la mayor de las estupideces. Eres para mí un Potosí.

Asomó la cabeza por la ventanilla, ordenando al cochero:

—Conduce hacia las afueras.

Diego Lucientes, reducido a una completa impotencia, no podía siquiera desahogarse porque la mordaza apretaba fuertemente sus labios.

—Tienes una gran popularidad, Diego Lucientes —siguió diciendo sardónicamente el francés.— Tu descripción está por todas partes, como la de los hombres célebres, sólo que en ella añaden que es mejor que te entreguen muerto que vivo. ¿Sabes cómo me apodaban en tierra gala? «Piruetas»..., por los cambios de pensamientos. No es que sea un indeciso. No, no. Es que trato siempre de agotar todas las posibilidades que una situación me ofrece. Y por eso hago frecuentes cambios de frente. Estrategia de combatiente inteligente. Si te entregase al verdugo, debería dar explicaciones a las autoridades. Y además, son cicateros. Vales tú mucho más, pero mucho más, que lo que ofrecen las autoridades. ¿Y sabes quién me pagará espléndidamente por tu pellejo en buen estado? Medita...

Asomó de nuevo la cabeza por la ventanilla el francés, y ordenó:

—Dale látigo a tus pencos, postillón. A toda marcha hacia Sevilla. Revienta tus caballos, pero hemos de llegar pronto al palacete de don Juan de Tassara.

Acomodóse, arrellanándose, y dió un leve codazo a su prisionero.

—¿Te das cuenta de la piratería, pirata? Te entregaré a don Juan de Tassara... ¡porque eres un felón! ¿Crees acaso que me creía tus cuentos del bergantín y el castillo? Tanto me los creí como tu historia de que «Antifaz de Flores» era novia de un amigo tuyo, que la cree muerta. No obraste noblemente conmigo. Quisiste engañarme. Si hubieses abordado de frente la cuestión, confesando que te interesaba casarte con Ángeles de Amor, porque es bonita y tiene gran dote, entonces quizá te habría hecho el honor de considerarte un rival leal, y te hubiese presentado la punta de mi espada. ¿Jugaste sucio? Pues aprende a no querer engañar a hombres de mi temple. Don Juan de Tassara te dará una cordialísima bienvenida.

# CAPITULO III

**La aventura de la gitana vengativa**

Don Juan de Tassara era de noble y acaudalada familia sevillana. Habiendo heredado desde hacía un año, si en vida de sus padres había refrenado sus malos instintos, al morirse ellos convirtióse en el terror de Sevilla.

Era muy bien recibido y agasajado en todas las casas, porque dispensaba un trato cordial a los que estimaba sus iguales, logrando ser estimado como un dechado de buenos modales, amabilidad y gentileza.

Por eso, las encopetadas señoritas consideraban motivo de orgullo y tenían a gala poder afirmar que alguna que otra noche don Juan rondaba sus rejas.

Debíase, sin duda alguna, al aliciente que representaba para las más recatadas el contraste de la vida nocturna del que tan galantemente delicado era con ellas.

La fama propagaba por doquier la escandalosa disipación en la que don Juan dilapidaba de noche sus caudales en oro y en energías. Y en aquellas francachelas demostraba su verdadero carácter, fríamente perverso.

Colmado de bienes y siempre acostumbrado a que sus menores caprichos fueran obedecidos desde su más temprana edad, bastaba que hallara la menor resistencia para que no cejase hasta lograr lo que se proponía.

Dedicóse a cortejar a muchas, no por ellas mismas, sino porque eran prometidas de caballeros afamados como duelistas. Él, temible espadachín, logró ir venciendo a cuantos quisieron hacerle frente, y ya nadie atrevióse a enfrentarse con él.

Por esa misma razón, como si estuviera grabado en su mente con

hierro candente, volvíale con frecuencia el recuerdo de aquel pelirrojo insolente que, no contento con humillarle delante de asalariados, le venció tras duelo enconado, hiriéndole en el brazo y el hombro.

Y a aquella afrenta uníase la imperdonable de haberle desafiado públicamente, rondando la «reja prohibida»: la reja de la casa en que moraba Encarnación Castro, bella entre bellas.

Cercano a poder vengarse cruelmente del que creyó espadachín a sueldo de enemigos, un azar fortuito reveló que el madrileño era el pirata perseguido y pregonado por carteles. Tuvo que entregarlo al verdugo, la idea de que los tambores repicando en la Plaza de la Cebada anunciaran el ahorcamiento de Diego Lucientes, mitigó en parte el furor del aristócrata.

Pero aquel furor quedó sin aplacar, exacerbándose cuando supo que, inesperadamente, unos soldados mercenarios habían irrumpido en el lugar de la ejecución, salvando al que ya iba a morir.

Convaleciente de sus heridas, Juan de Tassara fué reponiéndose, pero en su pensamiento sólo anidaba una esperanza: que algún día reapareciese Diego Lucientes...

Para celebrar su total recuperación, don Juan de Tassara, en su palacete del exterior de la ciudad, organizó una gran fiesta nocturna, a la que invitó a lo más granado de la sociedad sevillana.

Los invitados, esparcidos por el extenso jardín, deambulaban bajo las iluminaciones de los farolillos, y de cuando en cuando en la explanada que daba frente a la escalinata de entrada, resonaban las majestuosas y graves notas del minué.

Las siluetas de las parejas bailarinas se recortaban contra el delicioso fondo de los surtidores, elevándose en la penumbra con blancos penachos de cristalina sonoridad.

Don Juan de Tassara, hombre joven, aunque prematuramente envejecido, iba de grupo en grupo siendo el perfecto anfitrión. Vestía ropa de rico paño, y sus largos cabellos rubios ondulaban rozando el coleto de encajes.

Sabía alternar el requiebro adecuado con la frase inteligente, y la fiesta fué desarrollándose normalmente hasta las dos de la madrugada.

Fué quizás un exceso de libaciones el que indujo a uno de los invitados a lanzar su comentario imprudente.

—Tener novia forzosa, es como el que tiene una jaca en «Graná», que ni tiene jaca ni tiene «na».

—Cuidado con lo que dices, Amaro —aconsejó su acompañante, mirando inquieto en su derredor.

La frondosa vegetación, cuidada artificiosamente, de los jardines del palacete, ofrecía muchos recovecos y alamedas paralelas. Y por una de ellas don Juan de Tassara se detuvo al oír cercana la voz del embriagado que insistió tercamente:

—Lo que os ocurre a todos es que le tenéis miedo. Repito que forzar a una mujer a que le hablen de amores no es obtener amor. Encarnación Castro...

—No cites nombres, al menos —avisó el que le acompañaba.

—No me importa que él se entere. Estoy dispuesto a decírselo cara a cara, si la ocasión se tercia.

Juan de Tassara apartó la enramada florida que le separaba de la alameda donde se hallaban los dos conversadores.

—No dejéis, pues, escapar la ocasión, amigos míos —dijo el sevillano con amable ademán de invitación.

Su mano designaba el paraje cercano de césped rodeado de árboles.

—Yo nada dije —se apresuró a afirmar uno de ellos.— Y en cuanto a Amaro, excusadle. Está pasado de copas...

—¡Estoy muy en mis cabales! —protestó airado el jovenzuelo.— Lo que antes sostuve, ahora reitero.

Intercedió de nuevo su acompañante, buscando razones conciliatorias e intentando apartar de allí al joven invitado.

—Mañana presentarás tus excusas al señor de Tassara. Y vos, don Juan, perdonad este enojoso incidente que no tiene más fundamento real que un abuso en la bebida que tan generosamente nos habéis dispensado. Vámonos, Amaro.

Don Juan de Tassara repitió de nuevo su gesto señalando el césped.

—En mi casa no admito como invitado al caballero que no sabe beber ni al que no sabe sostener espada en mano lo que afirma. Dos caminos tenéis ahora para salir de mi casa, señor. Aquél, o la puerta por donde os arrojarán a puntapiés mis lacayos...

El joven, desprendiéndose de los brazos del que en voz baja le aconsejaba prudencia, anduvo los pasos que le separaban del

protegido paraje rodeado de arboleda.

Llegado allí, desenvainó y, envalentonado por el vino, congestionado el rostro por el furor de las insolentes palabras de don Juan de Tassara, citó:

—Os aguardo. Cuando vos queráis.

El aludido entró en el terreno de suelo liso, donde ya en otras ocasiones habían tenido lugar escenas semejantes, y antes de desenvainar saludó al compañero del que aguardaba espada en mano.

—Vos seréis testigo, señor, de que me dispongo a dar a este caballero muerte leal por haber sido provocado.

El duelo fué breve. Tras un intercambio de estocadas, Juan de Tassara dobló la rodilla y su espada atravesó la garganta del adversario.

Al caer al suelo su amigo, el testigo precipitóse de rodillas, pero tan vanos fueron sus intentos de hallar en el caído un respiro vital como lo fueron antes sus deseos de apaciguamiento.

Con cierto temor en la expresión, miró a don Juan de Tassara, que, arrancando un puñado de hierba del suelo, limpiaba con él la hoja de acero, que volvió a envainar.

Una frialdad no fingida se plasmaba en todo el continente del aristócrata sevillano.

—Pudisteis... herirlo tan sólo, señor de Tassara. Sus imprudentes palabras no merecían la muerte. Era un muchacho que no contaba veinte años. Su madre...

—Oídme, caballero. De mí sólo se habla para bien, o no se habla. Si deseáis continuar en vuestros reproches, poneos en pie y desenvainad. ¿No? Mejor para vos. Enviaré unos lacayos para que transporten a vuestro joven amigo hasta el campo próximo, fuera de mi casa.

Separóse hasta entrar en la alameda, y desde allí volvióse, con sardónica expresión.

—¿Decíais algo? —preguntó a sabiendas de que nada había sido dicho.

El otro limitóse a estrechar contra su pecho la cabeza del muerto, pero al alejarse Tassara con una risita irónica, el testigo de aquel duelo que más bien había sido un asesinato, púsose en pie de un salto, dispuesto a retar al que le volvía la espalda.

Pero recordó la larga lista de cadáveres con que se mantenía incólume el prestigio de esgrimista del «terror de Sevilla», y ya sin la menor protesta, fué tras los lacayos, que, recogiendo el cadáver, lo condujeron fuera del palacete.

La fiesta iba terminándose, y muchos de los invitados habíanse despedido ya, cuando un lacayo vino a advertir a Tassara que un caballero francés deseaba hablar con él.

—¿Cuál es su nombre?

—Truant Lambert, señor.

—¿Qué aspecto tiene?

—Si me lo permite el señor, emitiré la opinión de que dicho caballero debe ser un soldado de fortuna, de los mercenarios que asolan España.

—Vete, pues, y dile que esta noche sólo entran aquí los que han sido invitados por mí. Que para decirme lo que quiera, mañana, en cualquier taberna, que aguarde mi paso a caballo por la ciudad.

Alejóse el lacayo, y fueron despidiéndose los restantes invitados. Subía Tassara la escalinata que conducía al interior del palacete, cuando se detuvo al sentirse tocado en el hombro.

—¿Sois vos don Juan de Tassara? —preguntó en la penumbra una voz aguardentosa, de tranquila entonación y en perfecto castellano, matizado de leve acento francés.

—Yo soy —replicó volviendo la cabeza Tassara.

Vió a un sujeto alto y enjuto, de bigote de guías enhiestas y expresión desvergonzada. Examinó el atuendo chillón y el cinto con las tres pistolas, los dos puñales y la larga tizona.

—Para hablarme quítate el chambergo, soldado.

—No lo hice antes porque quería cerciorarme de si érais vos el caballero al cual busco. —Y Truant Lambert destocóse.

—¿No te dijo mi lacayo que mañana podrías verme, y que aquí no tienen entrada más que aquellos a los cuales invito?

—Me lo dijo y aguardé a que se fueran todos vuestros invitados, y los lacayos se retiraran, para saltar las tapias.

—Mandaré castigar tu osadía como se merece...

—¡No llaméis!

Truant Lambert lanzó su exclamación sin la menor muestra de amenaza, pero una de sus manos se apoyaba en la culata de una de sus tres pistolas.

Juan de Tassara desconocía el miedo. Pero también conocía cuando estaba tratando con un hombre poco escrupuloso.

—Muy importante ha de ser lo que te hace comportarte tan peligrosamente para ti, soldado.

—Tan importante, señor, que cuando vos lo sepáis os alegrará enormemente el que haya insistido en visitaros. Os reservo una muy agradable sorpresa.

—¿Alguna bella de los caminos te envía como alcahuete?

—Éste sería un obsequio que cualquiera estaría en condiciones de aportaros, señor. Dejadme haceros una pregunta: ¿conocéis acaso a un madrileño de rojo cabello y boca ancha, charlatán insolente que...

—¡Diego Lucientes!

Y a la vez que lanzaba su imprecación, Juan de Tassara asió por el coleto al francés.

—¿Quién eres tú? ¿Qué sabes de Diego Lucientes? ¿Por qué vienes a hablarme de él?

—Corréis el riesgo, señor, de estrangularme, en cuyo caso mal podría contestar a vuestras preguntas.

Don Juan de Tassara, quizás influido por la calma con la que hablaba el espadachín, que no había presentado el menor síntoma de resistencia, le soltó, descendiendo los dos peldaños que le separaban de su visitante a la fuerza.

—Replícame.

—Soy Truant Lambert, maestro de armas y presentemente soldado en busca de fortuna. De Diego Lucientes sé que es un pirata que os ofendió grosera e imperdonablemente y vengo a hablaros de él, para saber en cuánto valoraríais un servicio que me he propuesto...

—¡Abrevia!

—¿Cuánto pagaríais a quien os trajese a Diego Lucientes con las manos atadas?

—Escapó del verdugo, y poco me pareces valer tú para lograr aprisionar al pirata madrileño.

—Supongamos que por artes especiales logre tal cosa. ¿Cuánto me pagaríais?

—Aguardo dos días con una carta de pago por valor de cincuenta mil escudos.

—Si es en menos dos horas, ¿dobláis la suma?

—¡Tráemelo al instante y tendrás la carta de pago! ¡Palabra de Tassara!

—Entonces, señor de Tassara, id ya firmando la carta de pago.

Inmóvil, reflejando en su rostro habitualmente impasible toda la emoción que sentía, Juan de Tassara quedóse contemplando como se perdía el aventurero entre la penumbra del jardín.

Entró rápidamente en sus aposentos, y a trazos nerviosos fué escribiendo la carta de pago por el valor que le había dicho, firmándola. Con ella doblada entre los botones de su jubón, volvió a descender las escaleras.

Reprimió una exclamación de enojo, desenvainando lentamente, al ver acercarse a Truant Lambert, solo.

—¡Te burlaste de mí! Vas a saber quién soy...

E iba a abalanzarse, cuando Truant Lambert, retrocediendo prudentemente, advirtió:

—Moderaos, señor. Espada en mano nuestra conversación terminaría con la muerte de uno de los dos. ¿Cumplís vos siempre lo que prometéis?

—¡Imprudente!

Truant Lambert señaló hacia atrás.

—El imprudente es el que está en un lugar de este jardín. Tres de mis hombres acaban de atarlo a un robusto árbol. Está a vuestra disposición...

Juan de Tassara, perdido ya el control de su temple frío a impulsos del odio feroz que sentía, iba a correr hacia el paraje señalado por Truant Lambert, cuando le detuvo la punta de la espada que el aventurero acababa de desenvainar prestamente.

—Alto, señor. Soy la barrera que se interpone entre vos y vuestra venganza. Dadme la carta de pago prometida y me esfumaré.

Tassara extrajo el papel firmado, que arrojó al suelo. Con desconfiado ademán, y sin dejar de mantener su espada en tensa vigilancia, agachóse Lambert. Echó una rápida ojeada, y satisfecho comentó:

—Buena suerte, señor. Y procurad que esta vez no se os escape. Yo me marcho a Francia y no podría volver a...

Pero hablaba ya a las sombras que le rodeaban. Juan de Tassara

había ya desaparecido corriendo.

Truant Lambert encogióse de hombros. Volvió a saltar la tapia, y al frente de los veinte jinetes partió al galope hacia la colina donde se hallaba el doble tesoro de la belleza de «Antifaz de Flores» y su riqueza.

* * *

Diego Lucientes, durante el trayecto, fué calculando las remotas posibilidades que tenía de huir. Abandonó toda esperanza, y más que su propia estimación lo que le embargaba el alma en profunda cólera era pensar que Ángeles de Amor quedaba desamparada y por entero a disposición del traidor parisino.

Cuando la carroza se detuvo, a una orden de Lambert, tres jinetes descabalgaron montando la guardia junto a las ventanillas.

El grupo estaba en una explanada desierta. A lo lejos divisábase entre un frondoso jardín una blanca fachada de palacete.

La ausencia de Lambert duró bastante tiempo. Al fin, Diego Lucientes, desde el interior de la carroza, oyó su voz aguardentosa dando órdenes.

Tres mercenarios abrieron las portezuelas. Uno le abrazó las piernas, otro le asió por debajo de los sobacos y el tercero prestó sus espaldas a modo de apoyo.

Y así fué transportado y aupado hasta el borde de una tapia, que, una vez franqueada, condujo a los tres mercenarios y su prisionero al interior de un vasto y silencioso jardín.

Truant Lambert señaló un círculo de césped rodeado de árboles y setos, en cuyo centro un ancho sauce se erguía.

El propio Lambert, mientras los tres mercenarios empujaban a Lucientes contra el tronco del sauce, reunió las dos muñecas ya atadas en otro nudo y arrolló la larga cuerda alrededor del tronco.

Se cercioró de que era imposible toda escapatoria y dió orden a sus tres hombres de que se ocultasen por entre los setos y tan pronto le vieran a él salir saltando la tapia, le siguieran. También les ordenó que, si llegado el caso, él atacase a Juan de Tassara, acudieran prestamente a presenciar el duelo, por si venían lacayos en ayuda del sevillano.

A solas con Lucientes, cuya mordaza le impedía todo comentario, el parisino agitó una mano.

—Adiós, pirata. Si Tassara es inteligente, él vendrá aquí. Si no,

te precederá en instantes en la muerte. Lo lamentaría, porque me supondría una pérdida de cien mil escudos. Consuélate, pirata. Tu pellejo de malandrín piojoso está bien valorado. ¿Quieres algún encargo para la hermosa niña demente?

Diego Lucientes, apoyadas a la fuerza sus amplias espaldas contra el tronco y doloridos sus hombros por la torsión de sus brazos atraídos hacia atrás por la cuerda, vió alejarse al parisino.

Nunca había sentido impulsos homicidas, pero en aquel instante los experimentaba en forma incontenible contra Truant Lambert.

Pero sus intentos de liberarse sólo lograban afianzar en la carne de su muñeca derecha la mordedura de la cuerda.

Los farolillos que habían servido para iluminar la fiesta anterior, y que estaban diseminados por todo el jardín, desparramaban una luz fantasmal, que aumentaba el silencio de la semipenumbra del césped en el que el sauce inmovilizaba a un prisionero.

La avanzada hora vertía frescas fragancias de flores en el vasto espacio de vegetación circundante.

Una risita irónica dejóse oír a espaldas de Diego Lucientes. Juan de Tassara había ya recuperado su sangre fría, después de unos instantes de muda contemplación del prisionero.

Los ojos del madrileño se clavaron en los negros del aristócrata, que avanzando fué a colocarse casi pecho contra pecho de su ansiada presa, entregada inerme por la codicia y la traición de Truant Lambert.

—Se os saluda, señor Diego Lucientes. No sabéis la alegría que me produce el veros. Nunca nadie fué tan cordialmente acogido en ésta mi humilde mansión.

Sacudió Lucientes a un lado y otro su cabeza, donde la mordaza trazaba una línea blanca.

La diestra de Tassara arrancó con brusquedad el jirón de tela... Por espacio de segundos, Lucientes aspiró ansiosamente la fresca brisa aromática, llenando sus mortificados pulmones.

Juan de Tassara retrocedió un paso... y dos más, cuando la frente de Lucientes proyectóse hacia delante en intento de chocar contra el rostro del aristócrata.

—Pirata, pirata... —reprochó con gentil entonación amable Juan de Tassara.— Eres mi invitado de honor y te comportas como un peleador de la baja plebe.

Diego Lucientes comprendió que estaba definitivamente perdido. Y, como por ensalmo, aquella certidumbre le devolvió la serenidad.

—Hola, cerdo, y que me perdonen los cerdos, si es que los hay que sean rubios.

—Desahógate. Tus insultos me regocijan.

—¿Sadismo? Bien, amigo, estás en tu casa y ponte cómodo. Te sobra un trasto.

Y con la barbilla señaló Lucientes el cinto del aristócrata.

—La espada no es arma para asesinos cobardes, que eso es lo que tú eres. Tanto con ella como sin ella. Ahora, que para seres de tu categoría debería inventarse un arma especial. Y en vez de calzas, sayas deberías vestir. Pareces hombre, Tassara, pero es un engaño más.

El sevillano limitábase a contemplar sonriente al que le hablaba.

—Lo que me atosiga no es que me descuartices como un vulgar carnicero. Lo que me priva de mi habitual dosis de buen humor es pensar que Truant Lambert queda libre de realizar la felonía mayor de su vida de felón sin nobleza alguna.

De pronto, una idea acudió al pensamiento de Diego Lucientes. Sabía que lo que iba a sugerir sería rechazado por el sevillano, pero cabía una posibilidad de que Ángeles de Amor fuera salvada.

—¿No te pareceré excesivamente listo, Tassara, si te digo que creo adivinar que tu intención es darme muerte? Supongo que esta mi vaga sospecha tiene ciertos visos de verosimilitud.

—Aciertas en parte solamente, pirata. ¡Tu muerte no me basta! Quiero oír tus aullidos infrahumanos pidiendo perdón... Quiero ver tus rojos cabellos erizarse de miedo y sufrimiento... Quiero ver...

—Aguarda a verlo, hombre. No te anticipes al placer que te prometes.

—¡Quiero verte temblar como un azogado cuando aplique fuego a la planta de tus pies!

El rostro del aristócrata seguía siendo una máscara de fría crueldad, pero un sudor mate brillaba en su frente.

Diego Lucientes comprendió entonces toda la intensidad del odio que hacia él experimentaba su antiguo antagonista.

—Yo quisiera, antes de que empieces a divertirte, hablarte de algo que no sé si es verdad. Dicen que eres hombre galante con las mujeres de tu rango.

—Frase con la que buscas prolongar el momento de tu suplicio. Y con ello no haces más que servir mi propósito. Cuanto más hablemos, más disfruto. Nada ni nadie pueden salvarte…

—Olvidemos esas bagatelas y hablemos de cosas serias —dijo aparentando un tono zumbón para no revelar la ansiedad con la que deseaba ser oído, ni su ferviente deseo de salvar a «Máscara de Flores».— Ten la bondad de admitir que tu presunta galantería es falsa. Tan falsa como tu presunta valentía.

—Sabes que nunca me acobardé ni aun cuando me tuviste bajo la amenaza de tu pistola aplicada en mi cabeza. Y del mismo modo tuviste tiempo de enterarte en Sevilla de que a galante nadie me gana.

—Lo que son las cosas, Tassara. Una mujercita de dulces encantos virginales, de alto rango… se enamoró de mí —fué diciendo en hábiles mentiras que le condujesen a su propósito.— Hace poco… hablé de ti. Ella me aseguró que tú eres un presumido incapaz de conquistar a quien como ella estaba defendida por un hombre de mi valor, y que toda tu galantería era filfa.

—No sé lo que te propones hablando de cosas que me tienen sin cuidado, pero prolonga tu espera, pirata. Cuanto más tarde en supliciarte, mejor lo gozaré. Pero quiero que el amanecer oiga tus gritos de terror…

—¿Por qué repámpanos el amanecer es tan rutinario que asoma siempre sin falta al terminarse la noche? Me das asco, Tassara, pero confieso que preferiría pasarme la noche charlando contigo. Una noche que no terminase nunca…, y venga charlar, venga charlar. Hablemos de ella, el encanto de mis ojos… Tiene un nombre precioso: Ángeles.

—Es bonito.

—Ángeles de Amor.

Juan de Tassara dió un respingo involuntario al oír mencionar el apellido.

—¿La hija del Justicia Mayor? Te jactas, pirata… Muy alta está ella para fijarse en ti…

—Sí. Está alta. La prueba es que se dignó compartir una choza de pastores conmigo. Claro, a la fuerza. La rapté, y el malandrín piojoso, para emplear su favorito epíteto, porque está enamorado de ella y de sus muchos caudales, me ha entregado a ti. Y ésta es mi

mayor molestia: pensar que Ángeles de Amor, casi una niña, pero por su cuerpo y figura la mujer más bella que he visto, sea la presa de Truant Lambert. Es como arrojar rosas a un cerdo. Las hoza con el morro, sin saber aspirar el deleitoso perfume. Las come sin paladearlas...

Juan de Tassara desenvainó lentamente su espada, cuya punta aplicó en el hombro derecho de Lucientes.

—Lo primero que me corresponde hacer, pirata, es herirte donde me heriste. El color de tu sangre me alegrará la vista... Pero antes voy a explicarte algo que te dará seguramente un consuelo en medio de tus suplicios. Yo te juro que Ángeles de Amor rectificará el juicio que de mí tiene. Apenas termine contigo iré a visitarla en tu nombre.

—No podrás —dijo Lucientes fingiendo cólera.— La choza de pastores en el tercer sendero de la carretera de Sevilla a Cádiz, está ahora defendida por Truant Lambert, y éste es un traidor, pero maneja el pincho mejor que tú. Además, tiene cuarenta mercenarios curtidos en la lucha a sus órdenes.

—No me importa. Yo iré a saludar a Ángeles de Amor en tu nombre. Pero quiero, que sepas, para mitigar tus tormentos... ¡que Ángeles de Amor será mía! ¡Te odio a ti y a cuanto quieres!

—No puedes hacer eso... —balbució Lucientes asustado.— Ella es hija del Justicia Mayor...

—La rodearán los cadáveres de Truant Lambert y los suyos. Y cuando esté muerta, ¿quiénes serán los culpables de lo que a ella le ocurra? Truant Lambert y...

Un silbido rasgó la noche. Un extraño silbido que paralizó la lengua de Juan de Tassara.

Su espada cayó de sus manos, y tambaleóse como si una repentina embriaguez le hubiese invadido. Los ojos de Diego Lucientes, desorbitados por el pasmo, vieron la hermosa figura de una mujer esbelta, que era la que surgiendo de entre los setos cercanos acababa de arrojar con diestra precisión el puñal que hincado en el pecho de Juan de Tassara presentaba el mango en el lugar preciso del corazón.



*...vieron la hermosa figura de una mujer esbelta...*

Juan de Tassara dió un traspiés, intentó arrancarse el arma del pecho, y sus rodillas fueron doblándose. Sus ojos, velados por la cercanía de la muerte, se posaron en Diego Lucientes.

Cayó arrodillado, aplicando las dos manos en el césped. Ante él, una mujer adolescente, de flexibles miembros, larga cabellera y ojos verdes de mirada serpentina, le escupió al rostro.

Daba la espalda a Diego Lucientes, pero su voz henchida de contenida furia sonó a oídos del madrileño con melodramática fuerza.

—Estás muriendo, Tassara. «Payo» que trataste a mi padre como a un perro... «Payo» que me azotaste porque no quise bailar para ti... Por esas lo juré —y besóse ella el índice en cruz sobre el pulgar —, por esas juré que te mataría. Tan sólo me diste un latigazo, porque el caballero al cual ibas ahora a asesinar me defendió sin conocerme. Pero aquel latigazo lo pagas ahora, Tassara.

Los brazos del sevillano cedieron, y aunque de rodillas, cayó de bruces, con el rostro ladeado contra el césped. Estaba muerto.

La gitana inclinóse arrancándole del corazón el puñal, cuya hoja ensangrentada besó, y con salvaje bestialidad hundió varias veces su tacón en la parte superior del rostro del cadáver.

Cerró Lucientes los ojos al ver pisoteados por el menudo zapato

los ojos del que había sido en vida «el terror de Sevilla».

Volvió a abrirlos cuando al cabo de un instante de cesar el sordo ruido de los taconazos, sintió contra su rostro un cálido aliento.

En sus labios se aplicó la pulpa carnosa de la boca de la gitana, que adhiriendo su cuerpo de liana al del madrileño, le besó en prolongado beso ardiente.

Ante las pupilas pardas del que seguía amarrado relucían como las de un felino en celo las verdosas gemas de los ojos de ella.

Echó hacia atrás la cabeza la gitana, y con serio semblante de grandeza, murmuró enronquecida la voz:

—Soy Ariadna, la zíngara de la tribu de Chorro. Tú no me recordarás, caballero Lucientes. Retaste a Tassara, saliendo en mi defensa. Fuiste distinto a todos..., a todos los «payos». Ellos me miran con deseo o con desprecio. Tú me miraste tan sólo una vez, pero me miraste como a una mujer de tu raza y de tu cuna. Por eso te he besado, caballero Lucientes. A nadie he besado, y tú eres el primer hombre que ha conocido el sabor de mis labios.

Por un instante, temió Lucientes de la gitana un ataque de impulsos sanguinarios, al verla levantar el puñal con el que había dado muerte a Juan de Tassara.

Cerró los ojos... y sintió chirriar la fría hoja de acero contra las cuerdas. Sus brazos quedaron libres, y tardó unos instantes en darse cuenta de lo sucedido.

Su ancha boca distendióse en sonrisa de frenética alegría, e iba a agradecer con efusivas palabras su libertad de acción, pero al abrir los ojos sólo percibió una sombra esbelta que corriendo se esfumaba en la noche de pálida luz fantasmal.

# CAPÍTULO IV

**La aventura del brazo protector**

Truant Lambert silbaba alegremente unos compases marciales, mientras al frente de sus hombres se dirigía por la carretera de Sevilla a Cádiz al sendero que conducía a la choza de la colina.

Pese a las negruras de la noche, para el parisino todo estaba coloreado a su visión en bellos tintes de un suave rosa.

Al fin la esquiva Fortuna se le había rendido, y si antes le había tratado con mezquindad ahora le vertía repentinamente y con prodigalidad su cuerno de la abundancia.

Palpaba amorosamente los dos papeles que llevaba en un bolsillo interior de su jubón. Las dos cartas de pago firmadas por Juan Robles y Juan de Tassara, respectivamente.

Y no era más que un mísero bocado, pensó estremecido de codicia. Aquello, que en otras circunstancias lo hubiese considerado un fortunón imposible de obtener, era tan sólo un grano de arena comparado con lo que su boda con Ángeles de Amor le proporcionaría.

Iba planeando su proyecto. Lo primero era lograr que Ángeles de Amor quedase convencida de que en el norte de España tendría ocasión de hallar muchas aventuras.

Y en la aldea de Rentería, cuyo cura le conceptuaba equivocadamente un hombre deseoso de redención y al cual había logrado engañar fingiéndose así para conseguir comer durante varios días a costas del pobre y crédulo párroco bonachón, obtendría fácilmente la bendición de su matrimonio con Ángeles.

No veía nada difícil el convencer a la demente de que lo que ella necesitaba era un brazo protector. Y si no lo lograba con razones convincentes, ya sabría conseguir a la fuerza los documentos que le

considerasen esposo de la rica heredera, de cuyo tutelaje podría entonces hacerse cargo.

Y el cercano amanecer se le antojó a Truant Lambert nuncio de futuros y fastuosos amaneceres que le verían derrochar en orgías los grandes caudales de la que vigilada por *Querelleur* le sería ahora fácil llevársela lejos de aquellos peligrosos contornos.

Podrían estar buscando a la fugitiva, y cuanto antes pusiera tierra de por medio entre los cascos de su caballo y la comarca andaluza, mejor sería.

Al entrar en el sendero, refrenó su caballo poniéndolo al paso. Y como medida de precaución, imitó hábilmente el grito del búho, en contraseña de aviso de su llegada.

En las cercanías de la arboleda que circundaba la choza, resonó distintamente en eco de réplica el grito del búho lanzado seguramente por *Querelleur*, siempre fiel y vigilante.

Siguió Lambert hacia adelante, cuando de pronto tiró de las riendas, deteniendo en seco el paso de su montura.

Le extrañaba que *Querelleur* no le saliera al encuentro, como era su obligación, para darle la novedad.

Con la mano izquierda hizo un gesto, que fué interpretado por sus jinetes en su justo sentido.

Apeáronse todos, menos Lambert, que entrecerrando los párpados concentró las pupilas en estudio precavido de los alrededores de la choza.

Repitió el grito del búho, y de nuevo resonó en eco el mismo silbido. Los ojos de Lambert se posaron en el lugar de donde había partido la réplica contraseña.

No los percibió claramente, pero su vista aguda y ejercitada en semejantes lances, adivinó los dos cuerpos tendidos, sosteniendo al extremo de sus brazos doblados la culata del mosquetón... Mosquetón cuya punta apuntaba hacia los recién llegados.

—¡Traición! —gritó de pronto uno de los jinetes apeados.

Su grito no lo pudo ahogar la imprecación de Lambert, que saltó al suelo, parapetándose tras su caballo, al que obligó a tenderse.

Precipitadamente, los demás echaron mano a sus mosquetones, al resonar la descarga cerrada con la que *Querelleur* y los otros mercenarios acogían la llegada de sus compañeros.

—¡A la carga! —ordenó Lambert al disiparse la humareda de la

primera pólvora con la que los suyos acababan de replicar al recibimiento de sus antiguos compañeros.

Montó ágilmente espoleando a su caballo, obligándole a ponerse en pie sobre sus remos. Y con el pomo de la espada desenvainada le golpeó sañudamente los ijares.

Galopaba inclinado sobre el cuello del bruto, al cual dirigía contra el seto donde se ocultaba el traidor *Querelleur*.

Fueron ahora las pistolas las que vomitaron fuego, y Lambert encabritó su caballo para defenderse del plomo que hundiéndose en varios sitios del vientre del animal, lo abatió.

Los que le seguían adoptaron también la misma táctica, y ya los dos bandos a pie enzarzáronse en lucha a muerte.

Las culatas de las pistolas ya descargadas, las dagas, los puñales y las espadas fueron empleados con toda la destreza y contundencia posible por hombres avezados a todo género de luchas.

Fué un combate implacable, de hombre a hombre, y Truant Lambert logró lo que se proponía. Ir acorralando al enclenque y nervioso *Querelleur*, que era sin embargo un tirador de espada de primera categoría.

Lo fué haciendo retroceder hasta que le tuvo adosado a la puerta cerrada de la choza.

Alrededor de ellos, que intercambiaban en silencio todo un vasto repertorio de traidoras fintas y estocadas de maestros, iban cayendo combatientes, y la ley de «sin misericordia ni cuartel para el traidor» era llevada a cabo por los vencedores que abatíanse sobre el caído, hundiéndoles en la garganta sus puñales, en golpe definitivamente mortal.

Saltó de costado Lambert cuando vió acudir a uno de los partidarios de *Querelleur*, y fueron dos las espadas que se trabaron con la suya, y su larga y ancha daga tuvo que detener las acometidas de otras dos idénticas armas.

Juzgóse perdido al ver acudir corriendo a otro más, pero el que venía atacó al que había acudido en auxilio de *Querelleur*.

Y Lambert prolongó sus fintas y sus paradas contra la espada de su ex-lugarteniente, porque de soslayo fué viendo que los únicos que seguían en pie, eran los que con él habían ido a Cádiz.



*Y Lambert prolongó sus fintas y sus paradas contra la espada...*

Tan sólo seis quedaban... Y mudos, seguían las incidencias del duelo entre su jefe y *Querelleur*, iluminados por la luz de la luna llena.

Por fin, en un veloz contraataque de *Querelleur*, la espada de Lambert semejó una liana flexible, cuyo extremo hincóse en la guarda del arma adversaria.

A la vez que la espada del traidor saltaba por los aires, la punta del acero de Lambert se apoyaba en su garganta y un seco golpe inmovilizaba su daga contra la pared.

Con el rostro contraído en satánico furor, Lambert gruñó:

—Tu última traición, *Querelleur*. Fuí tu brazo protector. Confié en ti...

—¡El tesoro! Tú nos engañaste, porque...

Pero las palabras del enclenque espadachín, quedaron ahogadas para siempre en su garganta.

Truant Lambert, adivinando lo que iba a decir *Querelleur*, avanzó violentamente su diestra, y su espada clavó por la garganta al vencido contra la puerta de la choza.

La daga cayó de la mano del muerto, y Lambert apartó entonces la suya, envainándola. Retiró la espada, y *Querelleur* con sordo desplome, quedó tendido brazos en cruz.

—Así castigo a los traidores —anunció solemnemente.— ¿Qué habrá querido decir con el tesoro?

—No le dejaste hablar —reprochó uno de los cinco.

—Es extraño que nos recibieran a disparos... —comentó otro.

—¿Será la mujer de la máscara de flores la que les indujo a traicionarnos? —insinuó otro.

El primero que había hablado, un cuarentón de ropas cuidadosamente remendadas, y bigotazos entrecanos, señaló a uno de los cinco.

—Di lo que te contó Gavroche.

Truant Lambert mantenía sus dos manos sobre el cinto, en campechana postura.

—Cuando derribé a Gavroche —dijo el interpelado— y me disponía a rematarlo, gritó: «El tesoro de la choza»... Pero ya no tuve tiempo de detener el puñal que le dirigía al cuello, y no pude saber más.

—También a mí la indignación me hizo ser imprudente —dijo Lambert con expresión contrariada.— Y por eso le perforé la garganta. Tienes razón, Mathurin. Si no me hubiese dejado dominar por una justa indignación, ahora nos diría *Querelleur* qué era este tesoro.

El llamado Mathurin, retorció sus grandes bigotazos, examinando con recelo a su jefe.

—*Querelleur* te apreciaba. No era traidor...

—Ya pudiste ver que él imitó la contraseña de seguridad, para podernos cazar desprevenidos. Suerte que yo vi el reflejo de los cañones del mosquetón que apuntaba él contra mi generoso pecho de amigo.

—Pero él iba a decir en qué se fundaba para haberte atacado. Dijo que tú nos engañabas...

Y Mathurin apoyó también sus manos en su cinto.

Truant Lambert, relampagueantes las pupilas, en bien fingida indignación, tomó por testigos a los cuatro restantes.

—¿Soy acaso yo hombre para engañar a los que bien me sirven? El de vosotros que le dé la razón a Mathurin, que se ponga a su lado.

Por un instante los ojos de Mathurin se desviaron hacia el que venía silenciosamente a colocarse junto a él.

Los dos disparos fueron simultáneos. Truant Lambert no había cogido sus pistolas, y ahora los dos cañones humeantes, cayeron al suelo, precediendo las caídas de Mathurin y el que pensaba como él.

Los otros cuatro miraron las manos de Lambert que como el prestidigitador que maravilla a su público, tenían largos dedos ágiles y nervudos.

Una reposaba en la culata de su tercera pistola, y la otra en el pomo de su daga.

—Así castigo a los que insinúan tan sólo la posibilidad de que yo pueda traicionar a los que me son fieles. ¿Alguno de vosotros opina como Mathurin?

—Éramos cuarenta y dos —dijo uno de ellos ceñudamente.— Ahora quedamos cinco.

Y fué a colocarse al lado de Truant Lambert.

Los otros tres intercambiaron una rápida mirada, y a la vez afirmaron con la cabeza.

—No te creemos capaz de felonía contra los tuyos, Lambert. Confiamos en ti.

—Así me gusta. Ahora que está ya restablecida la concordia, veamos lo que ha ocurrido ahí dentro. Derribad la puerta, Groscon. Está cerrada por fuera y la llave la habrá tirado *Querelleur*, o la tendrá oculta entre su ropas de malandrín piojoso y no quiero mancharme las manos tocando cadáveres de traidor.

Groscon apoyó su hombro contra el madero y al primer empujón hizo saltar la puerta de sus goznes.

El espectáculo que se presentó a la débil luz del candelabro de cinco velas, puso sequera en la garganta de los cuatro mercenarios.

No así en la de Lambert que ya había recibido en otra ocasión aquella sorpresa.

Extendidas encima de dos capas se hacinaban en confusa mezcla de áureos destellos y multicolores policromías, joyas y monedas de oro.

En un rincón de la choza, un montón de bálago y ramaje se apilaba junto a un hoyo vacío.

Pero Lambert miraba a la que rodeados los ojos por el antifaz de margaritas, estaba atada a la silla tosca, amordazada.

—¿Qué misterio es ese? —murmuró como si por vez primera contemplase el tesoro.

Comprendía lo ocurrido. Durante su ausencia, por un motivo u otro quizá el propio *Querelleur*, o quizá, otro mercenario, había querido saber la razón por la que el interior de la choza no podía ser visitado.

Y posiblemente habría visto a la demente juguetear con las joyas. También atravesó por su mente la posible sugerencia de que quisieron saber por qué razón había salido Lambert de la choza con monedas oro…

También con la misma rapidez pensó Lambert que alguno de los cuatro que ahora examinaba ansiosamente los dos montones de riquezas, entraría en sospechas…

Actuó con su acostumbrada maestría en las ocasiones propicias. Su pistola disparó contra el más alejado, mientras su puñal silbaba al ser lanzado contra otro.

Y desenvainó daga y espada para atacar a los otros dos, que así como los demás, habían descargado sus pistolas en el combate.

Su rápido ataque por sorpresa, le dio una ventaja que aunada a su destreza en el manejo de toda clase de armas, hizo que su primer estoconazo cogiera al más cercano desprevenido, y con la espada a medio desenvainar.

El cuarto contrincante, ensordecido aún por el pistoletazo que retumbó en el interior de la reducida choza, defendióse con energía, mascullando blasfemias en francés, y tildando a Lambert con todos los epítetos malsonantes del rico idioma galo.

Pero Lambert era un maestro de armas. Y su espada venció fácilmente la resistencia del último superviviente.

La sangrienta y rápida escena tenía su reflejo de horror en los azules ojos de Ángeles de Amor.

Truant Lambert destocóse, saludándola en respetuoso volteo de chambergo mientras con inusitada delicadeza quitábale la mordaza.

—Cuanto deploro lo ocurrido, señora. Nunca pude imaginar tal comportamiento en hombres, que como yo creía, eran aventureros honestos y fieles —fué diciendo mientras cortaba sus ligaduras.— Y pensar que esos cuatro se disponían a mataros, señora, me llena el alma de santa indignación. Bendigo la Providencia que me permite ser vuestro brazo protector.

Púsose ella en pie, temblando, e infantilmente se apoyó contra Truant Lambert, en busca de palabras que lograran ahuyentar el

pavor que la dominaba desde que *Querelleur* había irrumpido en la choza, atándola con ruda brutalidad.

—El hombre viejo y pequeño me dijo que te esperaría para darte muerte, Truant Lambert.

—No os preocupéis más, señora. Felizmente todo ha pasado. Pero debemos huir pronto. Esta comarca abunda en traidores...

—Si, vámonos... Vámonos lejos...

—Elegid un caballo, mientras ya procuro recoger vuestros bienes. Con ellos mercaremos los servicios de otros aventureros, si no os basta mi brazo protector.

—Vine en caballo que traía alforjas.

—Es verdad. El que amarrásteis tras la choza. Cargaré en ellas vuestros bienes y nos llevaremos otros dos caballos para relevar en el camino.

—¿Dónde iremos, Truant Lambert?

—Al norte. A una aldea llamada Rentería, en tierra vasca. Os gustará. Pero ahora, señora, permitidme aconsejaros rapidez en la huida de los peligros que nos acechan.

—¿Y Diego Lucientes?

—Me quiso traicionar. Lo maté en duelo leal.

—Traición, sangre, muerte... —murmuró ella estremecida.— ¿Por qué?

—La codicia, señora. El más feo de los pecados. Sólo el corazón de nobles aventureros como yo, está libre de tal pecado.

—Te ayudaré, Truant —dijo ella al ver que él, inclinado, iba reuniendo los cuatro picos de las capas.

—Oh, no, señora. Vuestras blancas manos están hechas para ser besadas. Yo soy vuestro brazo protector, que sólo para vuestro servicio queda destinado, de ahora en adelante y para siempre.

Por dos veces efectuó Lambert un viaje desde la choza hasta el lugar donde estaba dormitando el caballo traído por Ángeles de Amor.

Le propinó un puntapié en el flanco cuando le hubo cargado las alforjas. Y eligió además del caballo de *Querelleur*, otros tres entre los mejores.

Amanecía, cuando de la choza se alejaban cinco caballos, dos de los cuales portaban a lomos media alforja cada uno, sólidamente atada alrededor de la silla.

Y tras ellos, reunidas las bridas, galopaban otros dos, en uno de los cuales montaba Truant Lambert. A su lado, sentada a la amazona, Ángeles de Amor sentía que las tinieblas de su cerebro iban haciéndose aun más densas...

El ruido de los disparos, mientras estaba prisionera en el interior de la choza, el restallido metálico de las espadas, los gritos de los combatientes con peculiares tonalidades... todo aquello levantaba un eco en su cerebro.

Pero no podía precisar cuándo y en qué ocasión, había también asistido de cerca a escenas en las que los ruidos de la pólvora al estallar y las espadas al entrechocar...

—Carlos Lezama... —murmuró de pronto.

El ruido de los cascos al galopar impidió que Truant Lambert la oyera. Pero también aquel ruido trajo a la mente de Ángeles de Amor otro recuerdo.

Cuando ella estaba en brazos de un hombre montado a caballo... Un hombre de perfil aquilino y enérgico, de largos cabellos negros y ojos de imperioso mirar que al posarse en ella, tornábanse cariñosos...

—¡Carlos! —gritó de pronto.

Truant Lambert detuvo en brusco tirón el amasijo de riendas reunidas en una sola.

El caballo montado por Ángeles de Amor, seguía a los otros en sus movimientos porque su amazona sostenía flojamente las riendas.

Se detuvo también. El silencio de la campiña se hizo total...

—¿Dijisteis, señora? —preguntó— Lambert.

Ella, fruncido el entrecejo, intentó recordar. Crispó las manos en esfuerzo que la permitiera volver al desvarío tan agradable en que unos ojos negros la miraban amorosamente...

Dobló la cabeza sobre el seno, y a no ser por el brazo de Truant Lambert que la enlazó por el talle, hubiese caído al suelo desvanecida.

Cuantos cuidados le prodigó Lambert tras poner pie a tierra y atar a todos los caballos a un arbusto al borde de la carretera, resultaron inútiles.

Era un desmayo, que expertamente calificó Lambert, contrariado, de delirio silencioso, por los agitados y nerviosos

movimientos de la inconsciente mujer, que entre sus brazos estaba sumida en un desvanecimiento comatoso. Era el efecto de las sucesivas y crueles escenas vividas, y del chispazo de lucidez que, como un relámpago, había iluminado por un breve instante su cerebro, despertado por el eco de ruidos que en asociación de ideas, le habían traído la imagen de Carlos Lezama, el Pirata Negro.

Cuando por el camino polvoriento fué visible a lo lejos el lento rodar de una carroza, Truant Lambert quitó prestamente el antifaz de flores que formaba un cerco alrededor de las pupilas azules.

Reclinó a la desvanecida contra el talud, y con semblante compungido salió al paso de la carroza ya distante tan sólo unos metros.

—¡Detente, postillón! —ordenó una gruesa voz desde el interior de la carroza.

Por la ventanilla asomó un rostro rubicundo enmarcado en alta peluca blanca. Destocóse cortésmente Truant Lambert.

—Buenos días nos dé el Señor —saludó.— Mi pobre esposa ha sufrido un desmayo. Ser esposa de un oficial mercenario supone viajes largos y pesados.

El viajero miró a la desvanecida, y sintióse conmovido por la delicada belleza de la pálida mujer reclinada en postura durmiente contra el talud.

—Me honro en ofrecer a vuestra esposa un asiento, señor oficial.

—Vuestra generosa actitud, señor, renueva mi arraigado concepto de la hidalguía española. Pero no abusaremos de vuestra bondad.

Ayudado por el postillón, introdujo Lambert en el interior de la carroza a Ángeles de Amor. El viajero tenía una pierna envuelta en blancos linos y apoyada en un taburete frente a él.

—Excusadme que no os ofrezca más espacio, pero sufro de gota y...

—¡No faltaría más, señor! Yo conduciré mis caballos. En el primer pueblo al cual lleguemos, alojaré a mi pobre esposa en la hostería.

—Tudiel dista sólo veinte leguas. Si queréis, ordenaré al postillón que haga galopar los caballos... —dijo el viajero con mueca temerosa mirándose apenado el grueso paquete sensible que formaba su pierna gotosa.

—Abusaré de vuestra amabilidad, rogándoos sigáis al paso, ya que el traqueteo podría repercutir desfavorablemente en el estado de mi esposa.

Emitió el viajero servicial un suspiro de alivio, y poco después, Truant Lambert junto a la ventanilla, llevaba de las riendas a los caballos deseando llegar a Tudiel.

La carroza habíale inspirado otra idea...

* * *

Diego Lucientes dedicó tan sólo una ojeada al cadáver de Juan de Tassara. Por el instante dos pensamientos le acuciaban: abandonar el palacete y hallar prontamente un caballo con el que acudir lo antes posible al encuentro de Truant Lambert.

Saltó fácilmente la pequeña tapia, y a campo traviesa dirigióse hacia la ciudad. Trató de recordar en que paraje estaba la posada de relevos para mercar un caballo...

Pero cuando ya se encaminaba hacia ella, dióse una palmada en la frente.

—Ni un ochavo —murmuró rabioso por vez primera ante su carencia de peculio.

Su bolsa había quedado en poder del verdugo. Sin armas y con ropa prestada, ¿dónde podría...?

En Sevilla no sabía a quien acudir en busca de dinero. Barajó dos posibilidades: apostarse en la cuneta de la carretera y asaltar a algún jinete madrugador, o bien intentar hallar caballo en alguna de las casas solitarias que...

—¡Rocío! —exclamó de pronto.

Pero la posada de la Cruz del Campo estaba al otro extremo de la capital. Acercábase ya al mesón de relevos de diligencias...

Tomó su decisión en un segundo. Procurando silenciar sus pasos, aproximóse a las corralizas, ante las que un mozo de establo dormitaba tendido en un banco de madera.

La paja amortiguó el caracoleo del caballo elegido por el madrileño, que ensillando rápidamente, desató la brida del pesebre.

Tuvo que acudir a varios recursos para lograr que el rebelde caballo, no reconociendo a su dueño en el que le montaba, decidiera tomar el camino de salida del establo.

Espoleó a taconazos imperiosos los ijares del caballo al ver que intentaba interceptarle el paso el mozo que se había despertado y

blandiendo un recio garrote, gritaba en demanda de auxilio.

Los remos delanteros del caballo derribaron al mozo, y el caballo emprendió un veloz galope dominado ya por su jinete.

La impaciencia de llegar cuanto antes, sólo dejaba libre el pensamiento del madrileño hacia una meta.

Únicamente cuando se acercaba ya al sendero que conducía a la colina, el ruido de los cascos pareció agigantarse.

Diego Lucientes tiró hacia atrás con todas sus fuerzas de las riendas, y el animal alzándose de remos, manoteó en el aire, herida la boca por el repentino tirón violento.

—Repámpanos —murmuró Lucientes mientras el caballo caía de nuevo sobre sus cascos.— Cuarenta y pico...

Y a la suma que acababa de hacer, unió Lucientes su cinto vacío de toda arma. Muchos eran los deseos que tenía de enfrentarse con Truant Lambert, pero el sentido común se impuso, sobre todo al pensar que la perjudicada por su insensatez si pretendía acercarse a la choza sería la propia, a la que intentaba salvar..

Apeóse, y condujo por la brida el caballo hacia un lado del sendero, para que la hierba ahogase el ruido de los cascos...

Mientras meditaba en el medio de arrancar a Ángeles de Amor de las manos de Truant Lambert, su mirada vagaba vigilante por el sendero.

Le repugnaba la única solución que cabía: ir a delatar como si fuera raptor, a Truant Lambert. Pero era la manera de evitar...

—Repámpanos... —volvió a susurrar.

Ir a las autoridades suponía entregar su propio cuello al verdugo. Su mirada se posó en dos masas confusas que divisó en el sendero.

Inmóviles, parecían ser dos hombres acechando... Pero eran demasiado voluminosos. Los primeros rayos de sol le revelaron la verdad.

—Caballos muertos —meditó por fin, tras otra observación.

Intrigado pellizcóse el labio inferior. ¿Dos caballos muertos? Y era también extraño que no se oyera el menor ruido.

Cuarenta jinetes acampados, hombres de guerra, estarían ya despiertos a aquella hora. No se percibía entre la maleza el menor síntoma de que alguien anduviese por los contornos.

Avanzó cautelosamente por la maleza y entre los árboles, hasta

llegar junto a los dos caballos muertos.

Desde allí divisó cerca del lugar donde el sendero viraba empinándose hacia la choza, un individúo tendido en el suelo. Una de sus piernas cabalgaba aun el caballo muerto que con toda su inercia pesaba sobre la otra pierna.

Aceleró Lucientes su andar, e inclinándose, recogió la espada del cadáver, quitándosela de la vaina. Con ella en la diestra, sintióse más reconfortado para seguir en su excursión.

Asomó prudentemente la cabeza al llegar al viraje, y lo que vió le hizo sobresaltarse.

Tendidos en varios lugares de la explanada que rodeaba la choza, caballos y jinetes se mezclaban en definitiva quietud.

Fué contando Lucientes desde su posición, escondido entre los robles. El total de cuerpos de mercenarios le animó, y corriendo sobre la punta de los pies, llegó al campo de la reciente batalla.

Ocultóse tras el grupo de tres caballos, y fué introduciendo en su cinto las armas que quitaba a su alrededor. Un puñal, una daga y tres pistolas, cuyo martillo en posición de disparo le hicieron recoger un bolsón de cargas y pólvora que se anudó al cinto.

Cebó las tres pistolas, y con una de ellas en la mano avanzó hacia la choza, cuya puerta abierta le causaba una impresión de desesperanza.

No sabía lo que había ocurrido, pero temía no hallar ya a la que encubría parte de su rostro con un antifaz hecho de margaritas silvestres.

En el interior de la choza, sólo había cuatro cadáveres más. Abatido, Diego Lucientes dejóse caer en un escabel.

De todos aquellos rostros enmudecidos para siempre, y que hablaban de una matanza misteriosa, ninguno era el de Truant Lambert.

Por lo tanto, tenía que descartar la primera idea que se le ocurrió de que los mercenarios habían sido liquidados por fuerzas al servicio de la justicia, que casualmente hubieran averiguado el paradero de Ángeles de Amor, y contra los que Truant Lambert hubiese preferido.

—*Espagnol... Approché...*

La voz, que semejaba surgir de la tierra, puso en pie a Lucientes, que desenfundó rápidamente una de sus pistolas.

—*Approché*… —repitió la voz.

El que hablaba era uno de los que Lucientes creyó cadáveres. Y obedeció a la palabra que le conminaba a acercarse.

—Sed —murmuró el malherido en francés.— Tengo sed…

Caído de bruces y con el rostro ladeado, el mercenario tenía la nuca atravesada por el puñal que Truant Lambert le había lanzado, repitió de nuevo la súplica.

Después de examinar la mortal herida, Lucientes salió al exterior, y del cinto de *Querelleur* arrancó la cantimplora, cuyo gollete fué a aplicar sobre los labios del herido.

Parte del vino derramóse por el suelo, dada la postura del que bebía, con gorgoteos anhelantes.

—Mal fin, amigo. Si quieres, puedo quitarte el pincho del pescuezo, pero ya sabes lo que esto significará. Abreviar lo que te queda de salud.

—Fué… Truant Lambert. A traición…

—Tal como a mí me cazó. Pero, ¿cómo pudo él entendérselas contra tantos?

—Después de… dejarte allá… fuimos sorprendidos por ataque de… *Querelleur* y los otros. Luchamos… Vencimos… Truant mató a Mathurin y a Gavroche. Y… a nosotros nos mató al entrar… aquí.

—¿Y ella? ¿La enmascarada?

—Se la llevó… Mátalo…

—No son ganas lo que me faltan. Pero, ¿dónde le podré encontrar? España es muy grande.

—Acércate más.

Obedeció Lucientes, sin perder de vista las dos manos del agonizante.

—Rentería… La lleva a Rentería… un pueblo vasco… donde se hizo amigo… de un cura llamado padre Urrestarazu… Partió al amanecer…

—Hace unas dos horas —dijo Lucientes poniéndose en pie.

—Cargó con… las joyas y el oro… *Querelleur* lo había… descubierto… Traidor… Mátalo…

Diego Lucientes salió de la choza, y poco después, a galope tendido, se alejaba del siniestro lugar.

* * *

También Truant Lambert cebó tres pistolas, que asimismo había

recogido de tres cadáveres. La carroza acababa de ponerse al paso, reanudando su lenta marcha.

Por la ventanilla, pudo Lambert ver a Ángeles que seguía inconsciente, y la ancha espalda del viajero que solícito se inclinaba agitando su pañuelo aireando el rostro femenino.

Dió Lambert una rápida ojeada a su alrededor. No se veía casa ni persona alguna.

El primer estampido encabritó los dos caballos de la carroza. Acudió Lambert a sujetar con la zurda las riendas, mientras disparaba su segunda pistola.

Truant Lambert obró con una rapidez efectiva al ir empalmando correas desdoblando las riendas, hasta lograr formar un tiro de seis caballos al frente de la carroza.

Descargó las alforjas cuyo contenido, envuelto en las dos capas, colocó en el interior de la carroza, tras echar a la cuneta el cadáver del que ya nunca más padecería de gota.

Ángeles de Amor seguía sin recobrar el sentido cuando Truant Lambert se encaramó al pescante y empujando con el hombro el cadáver del postillón lo arrojó a la carretera.

Fustigó los caballos con el largo látigo del postillón que recogió del suelo, y partió la carroza al galope, dejando atrás dos cadáveres y un caballo abandonado.

Atravesó Tudiel sin detenerse, y tomando un camino vecinal se desvió de la ruta hacia Madrid para penetrar en otra carretera de segundo orden que le conduciría por atajos y en menor tiempo hacia las rutas norteñas.

Y en el pueblo de Almanzora encontraría a Marivaux, el antiguo cochero, que al venir a España como soldado en busca de fortuna, habíase casado.

Marivaux sería el postillón ideal hasta Rentería. Por cincuenta onzas de oro, Marivaux no opondría la menor dificultad a servir de cochero al que había sido su capitán tan sólo meses antes.

Y la discreción de Marivaux era proverbial. Quedó demostrado que no era falsa aquella fama, porque dos horas después, Marivaux subió al pescante y habíase limitado a entregar a su aldeana esposa las cincuenta monedas de oro y había tan sólo hablado para asentir a la petición de su antiguo jefe.

En el interior de la carroza, Truant Lambert extendió las piernas

con gran satisfacción. No sufría de gota, y pronto se realizaría el penúltimo trámite para entrar en posesión de la fortuna de la que iba recobrándose, apoyada la cabeza en el hombro del parisino, que la enlazaba por el talle.

Cuando Ángeles de Amor abrió los ojos, una inmensa debilidad le desmadejaba todos los miembros.

—Mi brazo protector te salvó de nuevo, Ángeles —la saludó Lambert, dispuesto ya a acortar distancias.— Sufriste un leve desmayo, y para que tu viaje sea más cómodo adquirí esta carroza. ¿Sabes qué he pensado, Ángeles?

—Soy Querret-el-Ain —dijo ella con voz temblorosa.

—No, no, preciosa niña. Tú eres Ángeles. Repite tu nombre, preciosa.

—Ángeles —dijo ella dócilmente.

EI hombre que la hablaba tenía un perfil enérgico y también largos cabellos negros.

—En Rentería iremos a hablar con un amigo mío: el padre Urrestarazu, un sacerdote. ¿Sabes lo que es un sacerdote?

—No.

Truant Lambert sonrió complacido.

—Es un hombre al cual hay que decir siempre que sí. Tú necesitas un brazo protector, Ángeles. Cuando el padre Urrestarazu te pregunte si quieres ser mi esposa, necesita que tú le digas que sí.

—Tú dirás lo que yo tengo que decirle...

—Así me gusta, preciosa. Serás feliz amparada por mi brazo protector.

# CAPITULO V

**La última aventura de "Máscara de Flores"**

El padre Fermín Urrestarazu, calvo y achaparrado, no confirmaba la creencia que supone una gran experiencia en razón proporcional a los años.

Frisaba en los ochenta, y aun cuando su fornida contextura de vasco le hacía andar con sólido aplomo, su genio nunca se había modificado.

Incapaz de la menor debilidad humana, era un santo que juzgaba imposible el engaño, y sentía la mayor de las satisfacciones cuando podía volver al redil una oveja descarriada.

Hallábase cultivando el pequeño huerto, lindante con la modesta capilla y su casa, cuando apoyándose en la azada para reposar, intentó vanamente adivinar quién era el visitante que acababa de empujar la puerta de maderos entrecruzados que se abría en la empalizada que rodeaba el huerto.

Sus ojos miopes no reconocieron a Truant Lambert, pero sí su oído adivinó por el acento y la ronca vibración sonora quién era el que a las ocho de la mañana venía a visitarle.

—Soy feliz al veros, padre Urrestarazu. Os he recordado siempre con gran cariño.

—Y yo, hijo mío —dijo el vasco, frotándose las manos en la sotana vieja. Estrechó con efusión la diestra que le tendía el parisino.— Me prometiste visitarme, pero me temía que la guerra y tu vida aventurera te impidieran cumplir tu promesa. ¿Y tus soldados? ¿Vienes solo? ¿Cuándo llegaste?

—Anoche. He dejado el ejercicio de las armas, padre Urrestarazu.

—Albricias —dijo el santo varón enlazando su brazo al del

asesino espadachín y llevándolo hacia su morada.— ¿Ahorraste pagas?

—Mejor aun, padre. Además de ahorrar, hallé mujer buena que será mi redención. La llevo a París, pero he querido que vos fuerais quien santificase mi unión con Ángeles de Amor.

El santo varón no cabía en sí de gozo al oír las taimadas frases de Truant Lambert, que supo desempeñar muy bien su papel de descarriado que por fin había hallado su camino de Damasco.

Fué haciendo las inscripciones en su libro registro, anotando los nombres, edades y cuantos detalles documentales aportó Lambert, inventando los que ignoraba.

Al final, cuando el sacerdote hubo cerrado su libro parroquial, Truant Lambert suspiró:

—Ella, como os he dicho ha poco, es huérfana. Nadie en el mundo. Como yo. Y si bien la quiero con toda mi alma, debo reconocer que carece de inteligencia.

—Si es buena y cumplidora, no pidas más, hijo mío.

—En su pueblo se reían de ella porque la creían boba, sin seso.

—Siempre hay gente sin maldad, pero inconsciente, que confunde la ingenuidad con escasez de luces. ¿Cuándo deseas que se realice la ceremonia, hijo mío?

—Tengo prisa por llegar a París. Es un viaje muy largo. ¿Hay inconveniente en que esta misma mañana...?

Rió bondadosamente el anciano. Era tan palmaria su evidente candidez y virtud, que el propio Truant Lambert, insensible a todo, sintió algo semejante al remordimiento. Pero fué tan sólo un breve instante.

—¿Quiénes te servirán de testigos, hijo mío?

—Traigo uno. Marivaux, un soldado que sirvió a mis órdenes.

—Pero hace falta otro, que sea español.

—No conozco a nadie en Rentería, padre. Llegué anochecido e instalé a mi prometida en la fonda.

—Yo te resolveré esta cuestión tan sencilla. Iré en busca de Blas, el alcalde. A las once, ven con tu esposa y Marivaux.

Abandonaron ambos la casa, y después de un trecho separáronse. Truant Lambert hacia la fonda, y el sacerdote hacia el domicilio del alcalde.

Subía el párroco por la pendiente que conducía al caserío

habitado por la autoridad del pequeño pueblo, cuando a sus espaldas oyó unos pasos precipitados.

Detúvose para dejar paso al que suponía apresurado.

Sus ojos miopes miraron al que alcanzándole, cubierto de polvo y desordenados los rojos cabellos, inclinó la cabeza respetuosamente.

—Buenos días, señor cura. ¿Sois vos el padre Urrestarazu?

—Sí, hijo mío. Tú eres forastero. ¿Me necesitas? Me dirigía a casa de Blas para que me sirva de testigo a una boda.

—Me dijeron que vos conocíais a Truant Lambert, señor cura.

—No te dijeron más que la verdad. Precisamente voy en busca de Blas como testigo por el enlace matrimonial de Truant Lambert, que se verificará en mi capilla a las once.

—Quisiera ir a saludar a Truant Lambert, señor cura. ¿Sabéis dónde lo puedo hallar ahora?

—En la fonda. No tiene pérdida, porque no hay más que una. El Parador de Antón.

Con su bastón señaló el sacerdote un caserío blanco que se destacaba entre el verdor circundante.

—Aquel edificio del techo de madera encarnada que...

—Gracias, señor cura.

Quedóse el anciano agitando la cabeza con benevolencia, al contemplar lo que más que despedida parecía fuga.

—Esa juventud de armas tomar es impetuosa —meditó en alta voz.

Y reemprendió su camino hacia el caserío.

✲ ✲ ✲

Antón, el posadero de la única fonda de Rentería, salió al encuentro del desconocido, que acababa de entrar bajo el emparrado cubierto donde en verano muchos viajeros gustaban de comer.

—Buenos días, señor —saludó al que ya se había sentado en el rústico banco dando la espalda a la mesa.

—Buenos días tengas siempre, amigo. ¿Se hospeda en tu casa un sujeto alto, enjuto, de bigote afilado y guías enhiestas llamado Lambert?

—El caballero francés está ahora mismo en sus habitaciones, señor.

—Dile que vengo enviado por el padre Urrestarazu, como testigo de su boda. Apresúrate y déjanos solos. Cuando haya hablado con él, ya te llamaré para que nos traigas vino.

Diego Lucientes rebosaba de contento. Había finalizado el agotador viaje realizado en persecución del hombre que había estado a punto de consumar su criminal ambición.

Sentóse encima de la mesa, y eligiendo una de las tres pistolas la mantuvo indolentemente asida por la culata con el cañón hacia abajo.

Fué levantando el cañón a medida que unos pasos iban acercándose. No podía ver quien llegaba porque el tupido enramado se lo impedía.

Truant Lambert, en mangas de camisa, apareció en el umbral. Más que el cañón dirigido hacia él, lo que le inmovilizó fué ver quién era el que le sonreía sin amabilidad ninguna.

—No muevas ni una ceja, malandrín piojoso —dijo Lucientes con íntimo refocilamiento al ver la incredulidad de pasmo con que Truant Lambert le contemplaba atónito.— No soy un imbécil que abandona la tranquilidad de la tumba que tú le destinaste, sino un imbécil de carne y hueso. Palpa, si quieres..., pero si lo haces te soplaré el plomo en el hocico. Posees demasiadas tretas, Truant Lambert.

Truant Lambert, sin mover un solo músculo, dijo altivamente:

—Acudí sin armas...

—Naturalmente, pichón. Un novio no se presenta ante su testigo exhibiendo el arsenal de costumbre. Si hubieses sabido que era yo, ¿qué habrías hecho?

—Demostrarte que espada en mano te podría vencer.

—No tengo más que una espada, Lambert. Era de uno de tus hombres. No puedo por tanto ofrecerte otra, ni quiero que vayas a por la tuya. Podrías tardar mucho en volver. Pero no soy un asesino, Lambert. Me quedan dos pistolas en el cinto. Te prestaré una. Elige. ¿Cuál quieres? ¿La de la izquierda o la de la derecha?

—¿Te burlas de mí?

—No. Quiero demostrarte que soy un imbécil que no sabe disparar si no hay otro cañón apuntándole.

Pasóse Lambert la lengua por los labios.

—La de la izquierda —dijo dificultosamente.

Con la mano de hierro cubierta por el guante de piel, extrajo Lucientes la pistola solicitada arrojándola delante de los pies del parisino.

—No te agaches aún, Lambert. Quiero dedicarte varias consideraciones. Te presto la pistola porque en realidad te pertenece. Era también de uno de tus hombres, así como mi ropa y las otras armas.

—¿Cómo supiste dar conmigo?

—Listo que soy a ratos. El caso es que, lo creas o no, aquí estoy.

—¿Cómo... marchaste de Sevilla?

—Ibas a preguntarme cómo escapé del jardín de Tassara. Pero por si me enfurecía el recuerdo de un sauce y una mordaza, alteraste la frase. El caso es que me escapé. Procura tú ahora escapar del plomo que alojaré en tu cerebro de criminal. ¿Qué tal manejas la pistola, Lambert?

—No es mi arma favorita. Tiro mejor la espada —mintió el parisino.

—Procedamos por orden. Colócate allá al fondo; vete empujando con el pie la pistola. Así... Eso es. Sin trampas. Juego limpio, tal como siempre me gusta. Vuélvete ahora.

Fué obedeciendo el parisino, y quedó a una distancia de cinco pasos del que en el umbral ahora, le encañonaba.

—Contaré hasta tres, Truant Lambert. Juguemos limpio, como hombres de armas que somos. Al número uno recoges la pistola, al número dos toma bien la puntería, al número tres dispararemos ambos y que la suerte favorezca al mejor. ¡Uno!

Truant Lambert se agachó y apretó la diestra alrededor de la culata. Diego Lucientes sonrientes los ojos, contó:

—¡Dos!

—¡Imbécil!

La exclamación de Lambert coincidió con el amartillamiento de la pistola, el empujón del índice al gatillo, y su caída sobre las rodillas para evitar el posible disparo del que con su rápida acción, si bien podía no tener tiempo de replicar, podía disparar ciegamente en la agonía de su frente destrozada por el certero balazo.

Estalló una carcajada suave, de infinito regocijo.

De rodillas, Truant Lambert oyó a la vez el repicar del martillo

sobre el metal y la carcajada. Pero no partió disparo alguno.

La risa de Lucientes continuaba exasperante y zumbona. Truant Lambert retrocedió el martillo con el pulgar.

—Imbécil tú mismo —dijo Lucientes.— ¿No hubo disparo? «Ergo» no hay cebo. Deducción filosófica al alcance de cualquiera. La otra que me queda al cinto está también descargada. Pero... la que llevo en la mano, no.

Siguió Lambert de rodillas, pensando afanosamente.

—El juego limpio y el duelo leal son cosas que ignoras, Truant Lambert. Y a la hora de hacer trampas, discurro algunas graciosas. Si vieras la cara de estúpido que pusiste al arrodillarte... ¡Imbécil!

Fué avanzando Lucientes, contraidos los labios... Truant Lambert murmuró apresuradamente:

—Aguarda, español. Espera... Tengo mucho oro. Compartiremos. A medias... Seremos ricos.

—Tengo un bergantín en Burdeos y un castillo en Civry...

Del cinto de Lambert sólo pendía una bolsa de mallas de seda entre las que relucían monedas de oro.

La tendió con la mano izquierda, y la mano de hierro la cogió. Pero el pistoletazo resonó envolviendo en pólvora el rostro de Lucientes, que acababa de disparar contra el que intentaba asestarle un culatazo enderezándose ágilmente.

Truant Lambert, rota la frente por el plomo vomitado a bocajarro, retrocedió. Abrió la boca en espasmo de estertor y volvió a caer de rodillas.

Diego Lucientes aguardó tan sólo un instante, y al chocar la cabeza de Lambert contra el suelo en su postrer movimiento vital, abandonó la glorieta.

—Aparta, posadero —dijo llameantes aún los ojos.— Sírvele vino al que espera ahí dentro.

Antón no quería tratos directos con los mercenarios que por triste experiencia conocía desde el principio de la guerra. Aguardó a que el hombre del cabello rojo y la pistola humeante hubiese entrado en el mesón y a toda velocidad de sus piernas, partió colina abajo en busca de refuerzos.

Diego Lucientes no tuvo que recorrer habitaciones. En el vestíbulo, Ángeles de Amor acababa de tejer la última flor con la que había terminado un antifaz.

—Venid, señora. Apremia el irnos de aquí.

Ella levantó la vista de las flores entrelazadas. Miró, sin conocerlo, al hombre que ante ella estaba.

—Espero a Truant. Es mi brazo protector y me ha de llevar a que le conteste que sí a un caballero vestido de negro y muy bueno.

—Truant Lambert ha delegado en mí tal misión. Yo os llevaré al caballero vestido de negro y que es muy bueno.

Levantóse ella, colocándose el antifaz, cuyos lazos ató a su nuca. Dejó que Lucientes cogiéndola del brazo la condujese al exterior.

—Allí está la carroza y los caballos —dijo ella.

—Tengo uno esperando, señora.

Forzando el paso, la llevó por el camino que tras la posada terminaba en el prado donde se hallaba el undécimo caballo robado en su largo viaje de persecución.

Desató las bridas y cogiendo entre sus brazos a la demente, montó. Imprimía a las riendas un movimiento giratorio, cuando varios disparos partieron del cercano bosque.

Al sobresalto del caballo, en instintivo respingo, abrazóse Ángeles de Amor más fuertemente a Lucientes.

Espoleándolo vigorosamente, partió Lucientes en dirección contraria al lugar de donde los disparos habían partido, procedentes de los soldados que había ido a buscar Antón, el mesonero.

Por espacio de un cuarto de hora, Lucientes galopó incansablemente, atento sólo a rodear con su brazo derecho la cintura de la mujer que lo abrazaba convulsivamente.

Y fué murmurando al oído cercano, mientras iba agrandándose la curva del río Bidasoa, marcando la línea fronteriza entre España y Francia:

—Huimos del peligro, Ángeles de Amor. En Francia me aguardan una esposa y una hija. Ellas te cuidarán... La niña jugará contigo, y la mujer te contará hermosas historias de amor, donde un caballero llamado Carlos Lezama será el príncipe de ensueño que te despertará del letargo en que vives. Tendrás muchas flores, muchas... Pero no harás más antifaces. Adornarás tus cabellos con ellas, para que cuando yo encuentre al caballero Lezama y vaya con él al castillo de Civry, tú le sonrías y, ¿sabes?.., él te dirá: «Querret-el-Ain»... Y a conjuro de su voz, despertarás...

El caballo vadeó el río, y durante varios minutos siguió

galopando, internándose en tierra francesa.

Puso Lucientes el caballo al paso cuando consideró que ya estaba a salvo de todo peligro la que seguía abrazándole en estrecho lazo con el collar de sus dos desnudos brazos que iba enfriándose incomprensiblemente.

—Estás a salvo, Ángeles de Amor. Ya puedes soltarte ahora... Vamos camino de la felicidad.

Detuvo su caballo para desenlazar sin violencia los dos brazos que le rodeaban el cuello. Lo consiguió con esfuerzo, y el rostro que hasta entonces había estado oculto en su pecho quedó al descubierto al volcarse hacia atrás la cabeza.

El antifaz de flores rodeaba dos ojos inexpresivos, intensamente azules, dilatados en una mirada sin visión.

Tardó Lucientes en darse cuenta de lo sucedido, pese a su experiencia, en la expresión que la muerte plasma en la faz humana...

Sintiendo que en su garganta ascendía un grito de rebeldía contra el infortunio que se había cebado en la que ahora volvió a abrazar manteniéndola contra su pecho, percibió por vez primera la sangre que manchaba el corpiño por su parte posterior, indicando el desgarrón negruzco de la tela la entrada de la bala, que, atravesando el hombro, habíase alojado en el corazón de Ángeles de Amor.

El sobresalto del caballo al oír los disparos que a ciegas habían efectuado los soldados contra el lejano grupo poco visible a través de la arboleda, había impedido que Lucientes se diera cuenta de que la única herida que causaron mató instantáneamente a la que en reflejo último de sus nervios destrozados, estrechó el abrazo con el que se quería proteger contra la iniquidad de un mundo que no comprendía.

El caballo, sin que nadie dirigiera sus riendas, siguió caminando cansinamente por la zona montañosa de la comarca vasco-francesa.

Un jinete soportaba entre sus brazos, como un sonámbulo, una grácil figura femenina. Era patética la torturada crispación que deformaba el rostro, habitualmente sonriente, del que ahora miraba mudamente el antifaz que perfumaba con sus flores, recientemente estrujadas, la blanca tez de la que no pudo ser la esposa del Pirata Negro.

La riente montaña de la región vasco-francesa fué adquiriendo matices malvas cuando el sol, al declinar, tiñó de rojizos y débiles destellos la verdeante vegetación.

Los alerces y los pinos formaban un círculo de gigantes silenciosos alrededor del lugar donde un jinete acababa de apearse.

Llevaba entre sus brazos un cuerpo femenino inerte, para el que fué buscando un lugar donde depositarlo.

El verde musgo que crecía junto a la ribera del arroyuelo que cruzaba por entre los umbríos árboles, recibió blandamente la carga de Ángeles de Amor.

Por unos instantes, Diego Lucientes, daga en mano, contempló la figura que se le antojó la plasmación de la Bella Durmiente del cuento de hadas.

—Durmiente eras en vida, Ángeles de Amor. Razón tenía el caballero Lezama cuando afirmaba que él y yo atraemos la fatalidad sobre las mujeres que amamos.

Disponíase a socavar con su daga el hoyo que albergara para siempre la difunta, y había ya hincado la ancha hoja en el blando suelo, cuando el color pardo de la tierra mojada, le hizo enderezarse volviendo a envainar la daga.

—No puede la tierra mancharte, Ángeles de Amor.

Alrededor de algunos troncos trepaban en profusas circunvoluciones madreselvas y escabiosas silvestres. Otras florecillas campestres sin aroma, pero dotadas de un colorido inigualable, mezclaban sus tallos con la hierba jugosa.

Con los brazos llenos de las flores recién cortadas, fué Lucientes cubriendo los pies y la falda de Ángeles de Amor.

Poco a poco el cuerpo quedó completamente oculto bajo una tupida e ingrávida masa de flores. Anochecía ya, cuando Diego Lucientes vaciló antes de cubrir el rostro que semejaba una flor más entre las que formaban ya un túmulo multicolor.

Quitóle el antifaz, y a la vez, fué cayendo de sus brazos, en lluvia copiosa, la última carga de pétalos que ocultaron por completo la pálida faz.

Y un hombre incrédulo quedó arrodillado delante de la tumba de Ángeles de Amor.

—Tuya ha de ser la felicidad eterna prometida para los que creen, y si es así… reza por nosotros, Ángeles de Amor. Por el

hombre que ya te lloró creyendo haberte perdido… y por el hombre que llora ante una máscara de flores.


## ¡Tres joyas de la moderna literatura de aventuras!




**TITULOS PUBLICADOS:**

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El Leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
19 — La tumba de los caballeros.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.
31 — El caballero errante.
32 — Sucedió en Sevilla.
33 — La tizona toledana.
34 — Máscara de flores.




El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

El descendiente de EL PIRATA NEGRO, cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

**¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!**

**TITULOS PUBLICADOS:**

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.



EL CRUZADO

Con sus sobrehumanas proezas, será muy pronto el héroe de todos preferido.

**TITULOS EN PUBLICACION:**

1 — La muerte llama a la muerte.
2 — La mano del cadáver.
3 — La tumba del Gran Duque.
4 — El garito siniestro.

Episodios prodigiosos… obsesionantes intrigas… amores borrascosos… Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página… Un interés que crece y crece… *son las características de estas tres obras excepcionales en su género,* que presenta

**EDITORIAL BRUGUERA**

Un volumen quincenal, sólo cuesta TRES PESETAS.